



ÉPOCA 3.^a — AÑO VIII. — TOMO VI.

NÚMERO 42. — Madrid 25 de Agosto de 1883.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.
MADRID Y PROVINCIAS.

Seis meses..... 30 rs.
Un año..... 60 "

CUBA Y PUERTO-RICO.

Seis meses..... 2 ½ ps.
Un año..... 4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

EXTRANJERO.

Seis meses..... 11 fr
Un año..... 21 "

FILIPINAS Y MÉJICO.

Seis meses..... 3 ½ ps.
Un año..... 6 "

SUMARIO

TEXTO. — *Cartas de Verano*, por Nulema. — *Crónica*, por D. D. Isern.

El suicidio, por Blas. — *La arquitectura en el templo católico* (conclusión), por D. E. M. Repullés y Vargas. — *La Samaritana*, por Martínez Parra. — *La generación espontánea*, por Fr. Ramón Martínez Vigil. — *Los Grabados*. — *Maria de Goës* (continuación). — *Revista de conocimientos útiles*. — *Anuncios*.

GRABADOS. — *Catedral de Buenos Aires*. — *El toque de mal tiempo*, cuadro de Urgell. — *Los púlpitos*.

CARTAS DE VERANO

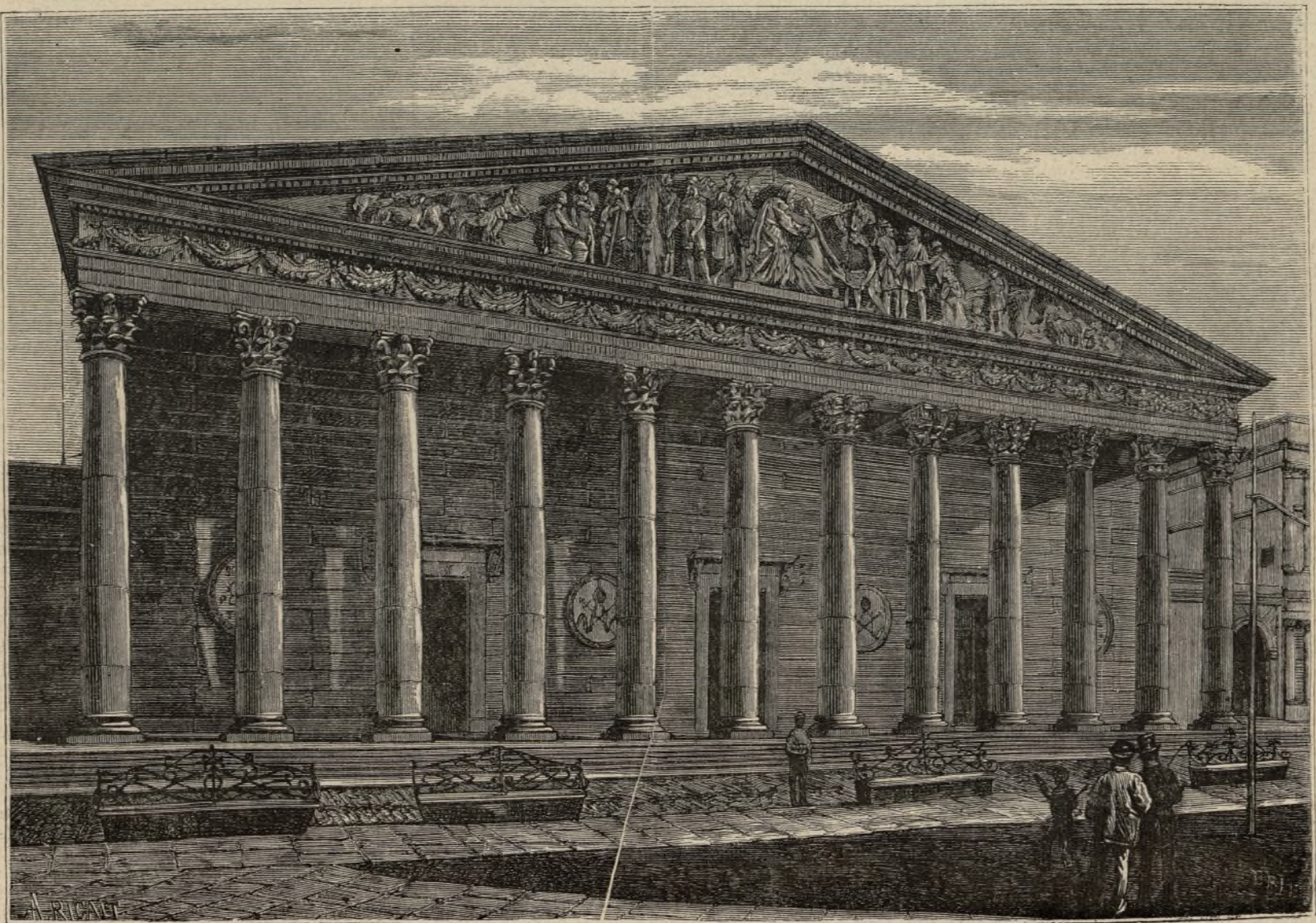
Sr. D. MODESTO RIERA:

MI QUERIDO COMPAÑERO Y AMIGO: Interrumpimos el viaje que estamos haciendo al través de las ruinas amontonadas en España por la Revolución, á presencia del insigne monasterio de Huerta, página de gloria inmarcesible para los siglos pasados, y padrón de ignominia para los tiempos presentes. Debe su fundación esta ilustre casa al Rey de Castilla Don Alfonso VII, el Emperador, el cual hizo venir de Francia varios monjes, que en 1144 se establecieron á las orillas del Jalón, echando los cimientos del grandioso monasterio que llegó á ser, con el tiempo, blanco

de las liberalidades de los Reyes de Aragón y Castilla, plantel de varones esclarecidos en la virtud y en la ciencia, y museo de todas las artes, y singularmente de la arquitectura cristiana. No trato de escribir, y menos en estas breves páginas, su larga y memorable historia¹; pero cumple fielmente al objeto de estas cartas el transcribir aquí una inscripción que existió en el *Claustro*, la cual patentiza la importancia religiosa y social del monasterio, y retrata á maravilla las cristianas y poéticas costumbres de los siglos medios. Decía así:

" La muy antigua y noble costumbre que los caballeros hidalgos y ricos-homes de toda esta comarca de Castilla y

¹ Hace tiempo que la publiqué en un folleto, de donde saco estos apuntes.



FACHADA DE LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES.

Aragón usaban y tenían cuando iban a la frontera de los moros, ó a otra cualquiera guerra; era que venían a velar y a confesarse, y a ordenar sus testamentos, y a encomendarse a las oraciones de todos los religiosos de esta santa casa, con gran devoción, y enviaban limosna para el convento y cirios para el altar de la capilla que tenían devoción; y el abad y los monjes hacían procesión y celebraban en aquel altar misa de la Santísima Trinidad, y rogaban a Dios les dejase vivir y acabar en su santo servicio, y tomada la bendición del abad, partían para la guerra.

Cuando los caballeros morían en ella, su cuerpo era trasladado al monasterio, el cual heredaba también el caballo de batalla. A expensas de esta costumbre y de estas donaciones se construyó el *Claustro* llamado de los *Caballeros*, en el que se ven todavía, aunque profanadas, las tumbas de bizarros paladines de nuestra Reconquista nacional.

La importancia de Huerta llegó a ser tan notable, que a mediados del siglo xiv, según el testimonio del cronista Manrique, podía competir en religiosidad y en representación con el primitivo monasterio del Cister. Los siglos siguientes continuaron enriqueciendo la obra de sus predecesores, y al llegar el xvii, el monasterio de Huerta era uno de los más insignes, bellos y ricos de España. Allí encontraba el varón piadoso santo sosiego para su espíritu contemplativo, y suntuoso templo que recogiese sus oraciones fervientes; el historiador y el literato podían visitar con fruto su rica biblioteca, y mientras el primero se engolfaba hojeando las crónicas originales del Arzobispo D. Rodrigo, celoso protector del monasterio, el segundo tenía a su disposición ricos códices que contenían las obras más notables de la antigüedad, y especialmente de Homero y Cicerón, de Virgilio y de Lucano. ¿Era un artista el que visitaba el monasterio? Pues desde la severa muralla, que a modo de baluarte feudal rodeaba el convento, hasta los muebles más insignificantes de su interior, todo era digno de admiración y de estudio: la iglesia, de tres naves bizantino-góticas; el claustro de la *Hospedería*, del más puro estilo de Herrera; el de los *Caballeros*, gótico en su planta baja y plateresco en la superior; la sala capitular, de estilo románico, que parece un regio panteón; el refectorio, gótico y tan grande como un templo, sin disputa el mejor de los de Europa; y por último, magníficas colecciones de cuadros, bellas efigies y estatuas, sillerías y cajoneras de esmeradísima talla, y una abundancia incalculable de relicarios, vasos sagrados y ornamentos, labrados por los más afamados artífices del mundo.

Allí había campo para toda clase de cultivos, pasto para todas las inteligencias, recuerdos para todos los hombres, maravillas para todos los artistas, monumentos, en fin, dignos de conservarse eternamente...

Llegó hasta nuestro siglo tan rico tesoro; nuestros padres aún pudieron admirarlo; ¿qué se ha hecho de tantas maravillas y de monumentos tan venerables? Arrojadlos de sus claustros los monjes, arrebatadas sus haciendas, la revolución se enseñoreó de todo, y hoy el famosísimo monasterio de Huerta es un montón de escombros. La biblioteca, donde se guardaban las crónicas de D. Rodrigo Ximénez de Rada, y todos los libros de este famoso historiador de España, fué vendida por carretadas a *dies reales la carga*, y durante muchos años los comerciantes de Ariza, Alhama, Ateca y Calatayud envolvieron sus géneros en preciosos manuscritos, verdaderas joyas de la literatura y de la arqueología española. La misma suerte ó peor tuvieron los cuadros, ornamentos y sillerías del refectorio; todo fué presa de la codicia de ignorantes especuladores, los cuales hasta abrieron los sepulcros de los monjes y caballeros para arrebatar sus despojos a la muerte.

Así concluyó este monasterio insigne, del que salieron hombres tan ilustres como San Martín de Fojosa, Obispo de Sigüenza; Fr. Malaquías de Asso, Obispo de Útica y de Jaca; Fr. Miguel Manrique, cronista de la Orden, sabio escritor y Obispo de Badajoz; Fr. Miguel Quijada, Obispo de Mondoñedo; los Generales de la Orden Padres Pedro de Villalobos, Vicente de Guevara, Juan de Vega, el citado Manrique y D. Ignacio Chacón; los escritores Fray Miguel Quirós, Fr. Pedro de los Herreros, Fr. Lucas Sanz y otros muchos tan doctos como humildes, cuyas obras han quedado sepultadas en el olvido, cuando no vendidas entre las famosas carretadas.

Quedan en pie la iglesia, convertida en parroquia, y en su altar mayor el cuerpo incorrupto de D. Rodrigo, la casa del Abad reducida a cuartel de la guardia civil, y el refectorio y los dos claustros, aunque amenazando inevitable ruina.

Al través de aquellas celdas desoladas, de aquellos desmoronados claustros, de aquellos desiertos salones y de aquel magnífico coro cubierto de polvo y velado por la soledad y el silencio, he paseado muchas veces sumido en la meditación de sus antiguas grandezas y de sus modernos estragos. He con-

templado desde el fondo de aquel sepulcro el febril impulso que arrastra a la sociedad contemporánea en pos de materiales goces y de criminales delirios, y he visto al propio tiempo surgir de entre aquellas olvidadas ruinas el insaciable monstruo de la miseria, precedido de largas angustias y acompañado de innumerables infortunios; he oído los himnos entusiastas de los modernos civilizadores, poniendo en las nubes los beneficios de la paz y las dulzuras de la civilización moderna, y he escuchado, al propio tiempo que el derrumbamiento de los santos asilos donde tuvieron su cuna las ciencias, el horrendo estampido de mil máquinas destructoras forjadas al calor de la cultura contemporánea; he observado los adelantos de la industria, los maravillosos progresos de la mecánica, el desarrollo del comercio, la facilidad de las comunicaciones, y a la vez he contemplado frente a frente la vergonzosa incuria con que se ha procedido y procede, arruinando y profanando monumentos inestimables de otros siglos, páginas elocuentísimas de nuestras grandes hazañas, moradas de santidad, por último, donde las artes han hecho milagros de fecundidad y de belleza.

Paseando una noche por el *Claustro de los Caballeros* en ocasión que la luna tapizaba con sus rayos melancólicos los muros sombríos, y la brisa de la noche agitaba con un manso ruido las hojas de los arbustos que cuelgan de las ruinas, cuando embargaba mi ánimo en reflexiones tan tristes como las que preceden, y de vez en cuando, como el rayo de luna proyectado sobre un sepulcro, brotaba en mi corazón la esperanza de que aquellos desiertos corredores volverían con el tiempo a repoblarse de santos cenobitas, el agudo silbido de una locomotora, penetrando por las aberturas de los muros aporillados resonó en mi oído como el agudo grito de una víctima desgarrada por crueles verdugos. El giro que tomarían en aquel momento mis reflexiones fácilmente puede adivinarse. Dos mundos venían a chocarse en mi pensamiento: el de la materia, volando en competencia con los huracanes al través de tierras y mares; y el del espíritu, cubierto con el polvo de las ruinas, amasado en el llanto vertido por la desolación de las artes. ¿De qué sirven, me preguntaba yo, esas prodigiosas invenciones de la mecánica y las brillantes conquistas de la industria, si concentrando el hombre su ambición en analizar la materia y en inventar nuevas máquinas, deja abandonados los intereses del espíritu y arrebatada a las almas los planteles de la santidad? Si se cortan los caminos por donde al hombre le era fácil remontarse hasta lo infinito, ¿de qué le sirven los que sólo pueden conducirle de un punto a otro de este globo tan caduco y limitado? Si se priva a las almas de comunicarse íntima y directamente con Dios desde el apacible sosiego del claustro, ¿de qué le sirve comunicarse con los hombres al través de un hilo de alambre?

Bien se comprende que al hablar así no condeno los brillantes triunfos del ingenio sobre las fuerzas de la materia; lo que lamento amargamente, lo que con energía repruebo, es que la materia se haya sobrepuesto al espíritu, y la estatua ó el ídolo de la industria se haya erigido sobre las ruinas de las artes. Yo no censuro, ¿cómo he de censurar? que el ferrocarril pase lamiendo los muros de Huerta; lo que deploro con toda mi alma es que se hayan empleado en las obras de la vía férrea los materiales del monasterio, y que pasen las locomotoras sobre los escombros de tan insignes monumentos artísticos. ¿No sería más bello y civilizador ver levantarse junto a una invención de este siglo un monasterio de los siglos medios, que no contemplar aquel cuadro de desolación y de salvajismo frente a frente de la estación del ferrocarril, por donde pasan sin cesar ilustrados turistas y curiosos viajeros? ¿No sería más poético y conmovedor oír el silbido de las locomotoras y el sordo rumor de los trenes mezclarse con el canto de los monjes y con las armonías del órgano, que no con el derrumbamiento de las bóvedas y con el silbido del viento que se escapa por entre las paredes agujereadas y próximas a hundirse?

Si hoy se conservase el monasterio como en los tiempos pasados, sería grato a los viajeros el detenerse a visitar sus joyas artísticas, a estudiar sus monumentos literarios, a venerar sus tumbas y a conversar con sus sabios monjes; los sabios y los artistas extranjeros tendrían una gloria más que admirar en España, y a buen seguro que no sería de los que dejasen en su ánimo más leve recuerdo; y mientras la Religión podía gozarse con este plantel de santos sacerdotes, la ciencia y el arte tendrían aquí una escuela fecunda de discípulos eminentes, y un museo de maravillas inestimables.

¿Qué hemos ganado con la destrucción? ¿Qué bienes nos han venido con que todo haya desaparecido, cuadros, libros, ornamentos, efigies, claustros y sepulcros? La revolución está retratada en sus obras, y en estas obras de salvajismo se ve que a los

gritos de *civilización y progreso* ha profanado y destruido las cunas de la civilización y los planteles del genio; a los de *igualdad y fraternidad* ha derrocado los pedestales de la justicia y cegado en sus manantiales más fecundos los raudales de la caridad; a los de *placeres y riquezas* ha privado a las almas de alegrías inefables y desolado los fértiles talleres de la abnegación laboriosa y de la austeridad edificante. ¿Qué más? Invocando una *libertad* funesta, ¿no ha quitado a los cristianos el *derecho* que tienen a vivir conforme a la perfección evangélica, para procurarse la salvación de su alma por los caminos de la humildad y de la pobreza?

Abandonemos ya las ruinas de Huerta, y sigamos el curso del Jalón, arrastrados por la locomotora. A la izquierda nos sale al paso la villa de Ariza, población importante en lo pasado, con dos parroquias y un convento de Franciscanos. El convento es hoy, en lo que no está arruinado, parte cuadras, parte pajares, parte vivienda de jornaleros. La iglesia de San Juan, la más artística del pueblo, se está deshaciendo, y aunque todavía la ruina no ha pasado de la esbelta torre, atendido el deterioro de la fábrica y los pocos recursos de la parroquia, es de temer que nuestros hijos la vean desplomarse, para aumentar el caudal de nuestras ruinas. Debí tener Ariza en los pasados tiempos magnífico castillo, no careció de casas ricas y linajudas, y por su misma situación fronteriza alcanzó importancia política, que la hizo figurar dignamente en la historia de Aragón. Todo lo ha perdido, sin que le quede otro consuelo que sus fábricas de baldosines, merced a las cuales logra ver pisoteado su nombre, acreditado sólo entre los albañiles y maestros de obras.

Saludemos al paso el castillo-palacio de los condes de Contamina, que escuda con sus viejas paredes el pueblo de Cetina. En él se casó Quevedo, y aún subsiste el gótico oratorio; pero el edificio se halla ruinoso, anunciando su futuro derrumbamiento. Nuestra aristocracia gasta mucho en carruajes, teatros y fiestas, y no es extraño que no pueda conservar los solares de su nobleza.

Al pasar por Alhama podemos ver en la estación unos carteles que dicen: *Residencia de Piedra*. El disfraz es insuficiente para ocultar la obra de nuestro siglo; la *Residencia de Piedra* es el nuevo título con que se ha desbautizado el insigne Monasterio de Piedra, digno hermano del de Huerta, situado a cuatro leguas de Alhama, en el término de Nuévalos y no lejos de Calatayud. Los lectores de LA ILUSTRACIÓN conocen los artículos que acerca de este célebre Monasterio publicó en ella, dos años hace, el Sr. D. Vicente de la Fuente. El cual, habiendo visitado el Monasterio en la época de los monjes y después de la destrucción, pudo pintar a maravilla el contraste de ambas visitas, entre las que sólo habían transcurrido once años.

¿Qué once años! Desde 1830 al 41 perdió España más monumentos artísticos que todo Europa en el largo período de las invasiones de los bárbaros. Como que la *Gaceta de Madrid* del 22 de Mayo de 1837 publicó una real orden suscrita por Mendizábal en que se decía: «Quiere S. M. que la Junta superior de enajenación de edificios y efectos de los conventos suprimidos, despiegue toda su actividad y celo, y excite poderosa y eficazmente la energía de las juntas de provincias para que se promueva cuanto sea dable LA DEMOLICIÓN DE LOS CONVENTOS.» etc.

¡Página elocuente para escribir la historia del liberalismo en España! Que no la olviden los hombres de verdadera ciencia, ni menos los arqueólogos y los artistas. Atila hubiera causado iguales estragos al trotar de su caballo y al frente de sus legiones; pero Atila no hubiera firmado a sangre fría una orden semejante, el documento más salvaje, más brutal, más incalificable que puede legar nuestro siglo a la indignación y a la vergüenza de los futuros.

El *Monasterio de Piedra* fué víctima de esta orden, y si el Sr. Lafuente pudo ver, cuando lo visitó en 1841, a una compañía de judíos quemar sus altares y efigies para extraer el oro que los cubría, cuando yo lo visité por primera vez en 1871 vi convertido en picadero el antiguo verjel del claustro, oír resonar en las bóvedas de éste el ruido de los caballos que piafaban y hacían estremecerse con sus golpes las columnas de las galerías que les servían de cuadra; contemplé con indignación embadurnadas por el blanqueo las portadas y ajimeces bizantinos, rotos los capiteles y columnas, arrancadas las inscripciones sepulcrales, y hechas, en fin, objeto de codiciosa explotación todas las obras artísticas de aquel célebre Monasterio.

A sus ruinas no les ha quedado el consuelo de ocultar sus penas en la soledad, siempre acompañada en esos sitios por el silencio de las tumbas. La sociedad actual ha penetrado allí con sus cálculos y sus miserias, y sobre las cenizas de los pobres cenobitas paséase hoy un público elegante, ávido de

mociones, y para el que es deliciosa *residencia* de verano el profanado cadáver de un monasterio secular.

Dejemos, mi querido amigo, la *Residencia de Piedra*, y antes de entrar en Calatayud, donde el siglo presente ha causado profundos é irreparables estragos, descansenos de las impresiones de este viaje tristísimo alrededor de las ruinas de España.

Suyo siempre afectísimo compañero

NULEMA.

CRÓNICA



AS últimas noticias recibidas de Frohsdorff son aflictivas para todo el que desea la restauración del trono legítimo en Francia al mismo tiempo que la regeneración social de aquella nación nobilísima.

El descendiente de los reyes cristianísimos que une la sencilla piedad de San Luis á la grandeza de alma de Luis XIV; el augusto príncipe que si ha sido pretendiente al trono de sus ascendientes lo ha sido sin duda sólo por estrecho deber de conciencia, se halla desgraciadamente en la agonía. Perseguido hace meses con ciego furor por la muerte, ha luchado como un héroe mientras ha tenido fuerzas.

La Francia cristiana y honrada se ha henchido de alegría cada vez que ha visto á su rey vencer el poderío de la constante y universal enemiga de los hombres. Al verle hoy á punto de sucumbir á los desastrosos golpes de su incansable adversario, ha elevado nuevamente á los cielos clamorosa plegaria que los santos protectores de la vecina nación han depositado ciertamente á los pies del Altísimo.

El domingo último se celebraron en todas las iglesias de Francia misas rezadas para pedir á Dios que, en bien de la patria, conserve, si conviene, la vida al rey. Las novenas al Sagrado Corazón de Jesús y los triduos interrumpidos últimamente han vuelto á empezar con más fervor, si cabe.

Cuando muera el augusto Sr. Conde de Chambord, si muere sin recobrar la nobilísima herencia que le legaron sus antecesores, podrá escribirse sobre su tumba, que jamás ningún príncipe ha sido tan querido de sus partidarios sin ocupar el trono; que tan duro es el corazón del hombre, singularmente en estos revueltos tiempos, que rarísimas veces se rinde, si no es al beneficio recibido, cuando se rinde.

Europa entera, la revolucionaria como la cristiana, está pendiente de las noticias que por momentos llegan de Frohsdorff. Los grandes diarios de todos colores y partidos de Londres como de París, de Berlín como de Bruselas, han enviado á Frohsdorff y á Viena corresponsales especiales que les instruyan del curso de la enfermedad que aflige á Enrique V.

Las agencias telegráficas dan cuenta á la prensa de toda Europa dos veces al día en las grandes ciudades, y una vez en las poblaciones de segundo orden, del sesgo que sigue la dolencia.

¿Qué fenómeno es ese? ¿Por qué pueblos que viven en la indiferencia más completa de todo lo que no excita directamente su interés, vuelven con tanta ansiedad unos, con respetuosa curiosidad otros, la vista á Frohsdorff?

Es que, en el fondo, á esas sociedades corrompidas les infunde todavía respeto, cuando no veneración, la grandeza moral. Por esto las personificaciones de esta grandeza despiertan mayor interés todavía que la grandeza del oro, de la fuerza y de la conveniencia.

¡Ah! Si quedaran en Europa muchas figuras como la del Sr. Conde de Chambord, legítimas y bien justificadas serían todas las esperanzas en lo porvenir de este antiguo mundo.

..

Mientras la muerte persigue con indomable constancia á Enrique V, la revolución, que trata de acabar con Francia, ha obtenido un señalado triunfo en la elección de consejeros generales que ha tenido lugar en todos los distritos de aquella infortunada nación. La derrota de los elementos conservadores ha sido grande y vergonzosa.

Ha sido grande, porque los republicanos han ganado á los elementos conservadores más de doscientas representaciones que éstos tenían en los anteriores Consejos generales.

Ha sido vergonzosa, porque han debido su triunfo, en primer lugar á la apatía de dichos elementos, y en segundo lugar á la falta de unión y de disciplina del cuerpo electoral conservador.

La apatía ha llegado al extremo de no haber presentado candidatos hasta última hora en algunos distritos, ni aun á última hora en otros en que los repu-

blicanos están en evidente minoría. En otros distritos ni aun han votado los miembros de las juntas, comités, como se les llama ahora, de los partidos conservadores.

La verdad es que nada pueden echarse en cara los hombres de la extrema derecha del partido legitimista y los del centro derecho; los bonapartistas de la derecha y los que siguen de buena ó mala gana al príncipe Jerónimo: todos han dejado á los republicanos obrar libremente en los comicios.

Así ha sucedido que M. Chesnelong y otras notabilidades católicas han sido derrotados por poquísimos votos de mayoría.

Cubramos con un velo la guerra que en no pocos distritos, con manifiesto provecho de los republicanos, se han hecho los candidatos y electores de los partidos conservadores. Mucho tememos que Dios quiera perder á Francia, cuando ciega así á los que debieran salvarla, al mismo tiempo que la muerte amenaza cubrir con denso velo los ojos de Enrique V.

..

Consuélese los franceses con que no es sólo Francia la que en estos momentos se halla amenazada por el monstruo de la revolución, si es que puede consolar á un doliente saber que otro se halla afligido por la misma dolencia.

Los elementos socialistas que cobraron muchas fuerzas en Austria durante los largos años que, gracias á la influencia del conde de Beust, ocupó el partido liberal el poder en aquel imperio, se han cansado de vivir encerrados en la profesión de sus teorías, y han tratado de reducirlas á la práctica, promoviendo una grande y amenazadora agitación, precursora de una revolución sangrienta y radical.

Pero la masas socialistas se han adelantado á las órdenes recibidas, y se han entregado á violencias sin nombre en las grandes poblaciones. En Viena singularmente la sangre ha corrido por las calles, si no en grande abundancia, por lo menos lo necesario para llenar de luto el corazón de los buenos patriotas.

El Sr. Conde de Taaffe, á pesar de sus indudables buenos deseos, á pesar de sus principios católicos, no se atreve á obrar con energía, y sólo gradualmente destruye la obra de los ministerios liberales, sus antecesores. ¿Por qué no ha aceptado la triste oportunidad que le brindaban los desórdenes de que hemos hablado, para cerrar los trescientos y tantos centros de propaganda socialista que existen en el imperio, y se ha limitado á cerrar los de las grandes poblaciones en que han ocurrido desórdenes?

Pensar que puede declararse apagado un incendio cuando se ha logrado que desaparezcan las llamas y las ascuas que lo hacen más visible, es lo mismo que dormir tranquilo junto al cráter de un volcán cuando éste está en ebullición y amenaza echar de su seno torres de lava. Sólo desaparecen los cánceres cuando se les extirpa por completo, y el socialismo es un cáncer terrible que devora las entrañas del imperio austriaco, como de casi todas las naciones europeas. De esos centros que el Sr. Conde de Taaffe no ha querido cerrar, saldrán las llamas que pondrán nuevamente en peligro el imperio confiado á su celo, prudencia y vigilancia.

Un fenómeno singular ha ocurrido en estos desórdenes. En algunos puntos los directores é instigadores del movimiento han sido judíos; en otros puntos los judíos han sido perseguidos y sacrificados por los socialistas. Lo cual prueba que la revolución varía en la forma, según las circunstancias de lugar y tiempo.

Donde los judíos son los ricos, hanse visto perseguidos por los socialistas; donde son los pobres, hanse convertido en perseguidores, y han atacado las propiedades de aristócratas y banqueros, confundidos con el populacho.

..

Actualmente no podemos volver sin tristeza los ojos á la América del Sur, donde apenas hay algunas de aquellas Repúblicas que viva en orden material, ya que todas ellas, cual más, cual menos, con una sola excepción, viven fuera del orden cristiano.

Encendido todavía el fuego de la guerra fratricida entre Chile y el Perú y Bolivia; sumido el Perú en los horrores de la anarquía, donde no está dominado por los ejércitos chilenos; apenas apagada y ya casi renaciendo la guerra civil en el Ecuador; amenazados los Estados Unidos de Colombia de una invasión del radicalismo irreligioso, hay todavía en aquel continente algo que habla más de cerca al corazón del católico.

El gobierno de Chile se ha sentido herido en su

orgullo por el hecho de haber rechazado la Santa Sede á un candidato suyo para la Sede arzobispal de Santiago, y ha declarado la guerra á la Iglesia.

Ha anunciado el Sr. Santa María en el discurso de apertura de las Cámaras, que los esfuerzos del Gobierno, así como los del poder legislativo, deben encaminarse á la separación de la Iglesia y el Estado, reduciendo á aquélla á la condición de sociedad particular, sujeta en un todo al Estado. Esta pretensión es la misma que quiso llevar adelante Bismark con sus célebres leyes de Mayo, encarnación de su pretendida lucha por la civilización.

Fiel á este programa, ha principiado el Gobierno chileno por presentar á la aprobación de las Cámaras un proyecto de secularización de los cementerios, no dejando á los católicos, que constituyen la casi totalidad de la población de la República, ni aun la libertad de construir cementerios libres, en los que puedan ser enterrados con arreglo á las prescripciones de la Iglesia.

Las autoridades eclesiásticas, el clero, la prensa católica, los diputados y senadores católicos, luchan denodadamente por la libertad y los derechos de la Iglesia. Últimamente se celebró en Santiago un meeting para protestar contra la secularización de los cementerios, al que asistieron al pie de cinco mil personas.

Se pronunciaron elocuentísimos discursos, y se tomaron enérgicas resoluciones. Pero mucho debe temerse que los esfuerzos de los buenos no logren evitar los días de amargura que el Gobierno chileno prepara á la Iglesia.

Si al menos estas pruebas sirven, como todo parece indicarlo, para que los católicos de Chile se convenzan de la necesidad en que están de trabajar por reconquistar en aquel pueblo y en aquel Gobierno el terreno perdido, menos mal seguramente para lo porvenir de aquel Estado.

..

Háse dicho más arriba que los Estados Unidos de Colombia están amenazados de una invasión del radicalismo, plaga todavía más funesta que la del liberalismo, que ha caído como huracán asolador sobre la República chilena, sin duda ninguna para hacer estériles los progresos materiales y las victorias que este Estado ha alcanzado en la larga lucha sostenida con el Perú y Bolivia, que siempre se pierden por la secularización del Estado y por la indiferencia, las conquistas que se hicieron por la fe y la moralidad.

Trátase de elegir sucesor al Sr. Otálora en la presidencia de los Estados Unidos de Colombia, y el radicalismo, convencido de su impotencia para luchar solo con los elementos conservadores é independientes, trata, por todos los medios que tiene á la mano, de dividir á los conservadores ó de procurarse aliados que le ayuden á derrotar á los que constituyen la actual situación.

Hasta ahora, gracias á la energía del Sr. Otálora, al patriotismo del Gobierno y de las Cámaras, nada ha conseguido el radicalismo de lo que se propone. Pero como todavía faltan algunos meses para que se realice la elección presidencial, los órganos católicos y conservadores de aquella República vienen muy alarmados, y piden á los electores conservadores é independientes que no se dejen sorprender, y que todos acudan á ocupar su puesto de honor el día en que se libre la batalla.

Falta todavía que todos las elementos sanos de la República se pongan de acuerdo para la elección del sucesor del Sr. Otálora. La menor discordia de estos elementos podría serles funestísima. El radicalismo sabría aprovecharse admirablemente de ella para preparar su dominación para *in tempore suo*. ¿Y qué importa que consiguiera tarde su objeto, si al fin acabara por conseguirlo?

Esperemos que los que han sabido unirse en la profesión de un credo social y político, no se dividirán por una cuestión de persona.

D. ISERN.

EL SUICIDIO



OS moralistas han dicho del suicidio mucho y muy bueno, lo mismo que del duelo.

Yo no puedo entrar en este sembrado empuñando la hoz como segador de oficio, porque no queda mies utilizable.

Penetro, pues, vergonzantemente, como las espigadoras de Castilla y de la Mancha, por si encuentro algún residuo abandonado.

No es tampoco exacta la comparación; penetro como los gorriones, á escarbar en el rastrojo, en

busca de algún grano de trigo despreciado por el segador y por la espigadora.

Por consiguiente, vamos *al grano*.

Grano es, y del peor carácter, grano canceroso de nuestra época, el suicidio. Y no quiero decir con esto que sea una enfermedad nueva, desconocida en la patología social de los tiempos antiguos.

El suicidio ha existido siempre. Desde que el hombre se dejó dominar por las pasiones; desde que se forjó una falsa idea de la dignidad; desde que se sintió bastante cobarde para soportar los padecimientos físicos o morales que acibaraban la existencia, y bastante soberbio para rebelarse contra la divinidad; desde que en su mente engendró la duda, abortó el suicidio.

Lo que quise decir es que esta especie de diátesis del organismo moral, como la diátesis escrofulosa o herpética del organismo animal, ha ido extendiéndose de un modo progresivo, alcanzando en nuestra época un grado de desarrollo alarmante.

Antiguamente, los hombres se quitaban la vida por su propia mano bajo la influencia de causas que casi podían determinarse *a priori*: una pasión contrariada, la pérdida de un afecto que consideraban indispensable para la vida, el fracaso en un negocio de que dependía el porvenir, una derrota en los campos de batalla, una enfermedad dolorosa e incurable, una herida en la honra...

Hoy, si consultamos la estadística del suicidio, en primer lugar, nos aterra por la cifra total, y en segundo lugar, al descomponer esta cifra hallamos que las causas predisponentes y determinantes de este delito son muy superiores en número a las que originan la comisión de todos los demás delitos definidos en el Código penal.

¡Efectos de la civilización!...

No se asusten ustedes ante esta conclusión, que pueden llamar *brutal*, si gustan.

Yo no puedo inventar palabras para expresar ideas. Las encuentro ya inventadas, y a ellas he de sujetarme.

Hemos convenido en llamar civilización a la suma de todos los goces morales y materiales que pueden hacer agradable la vida.

Yo bien sé que no es esto lo que debe entenderse por civilización; pero así quieren entenderlo las gentes, y bajo este punto de vista hay que considerarlo.

Pues bien, esa especie de civilización, que todo lo ha sacado de quicio, ha destruido los antiguos moldes de la fe y ha creado ídolos nuevos.

«La fe cristiana puede mover las montañas, ha dicho el hombre civilizado a la moderna; nosotros no conocemos esa palanca, ó sentimos los brazos atrofiados para manejarla. En cambio, podemos hacer con la fe de la civilización algo mejor que trasladar un monte; podemos trasladar el cielo a la tierra.»

Y dicho y hecho: la esperanza en una vida eterna después de la vida temporal, es reemplazada por la idea de hacer la vida terrenal lo más grata posible, rodeándola de todos los placeres.

Esta doctrina es infinitamente más sencilla y más socorrida que la doctrina cristiana. Con arreglo a ésta, para gozar la vida eterna hay que entregarse a la práctica de las virtudes; con arreglo a aquella, para gozar del cielo en la tierra no hace falta más que una virtud, el dinero.

Pero el dinero escasea casi tanto como las virtudes; cuesta sus trabajos adquirirlo por medios honrados, y se hace preciso acudir a toda clase de procedimientos para obtenerlo. De aquí la lucha perpetua del hombre, el afán immoderado de hacerse rico en poco tiempo, el sacrificio de todos los intereses morales por llegar a la posesión de los intereses materiales; de aquí, en fin, el desprecio de la vida, si esta vida ha de agitarse en un mar de deseos no satisfechos, de pasiones contrariadas, de ilusiones desvanecidas.

Es muy común decir del que se suicida: «Ese aborrecía la vida.» Error: ese hombre amaba la vida extraordinariamente, pero la amaba con todos los accidentes y caracteres que él juzgaba inherentes a la vida. Desde el momento en que se convenció de que esa existencia no podía llegar a ser *la buena vida*, se deshizo de ella como de un estorbo.

Se encuentra en el mismo caso que el hombre celoso respecto de su mujer ó de su amada: la mata, y la mata precisamente porque la quiere; si la aborreciera, la dejaría vivir, alejándose de su lado.

Los fisiólogos no conciben el suicidio sino como resultado de una perturbación de las facultades mentales. Cuestión es esta demasiado embrollada para que yo me meta a desenredarla. Creo, sí, que los móviles que arrastran al suicidio en el mayor número de casos, determinan en las funciones del cerebro, en fuerza de su continuado asedio, desórdenes que acaban por producir la locura.

No puede tampoco negarse que existe la monomanía del suicidio, y de ella tenemos infinitos ejemplos históricos y casos prácticos.

No citaré más que uno que se me viene a la memoria, después de muchos años que ocurrió, y que es verdaderamente notable.

La prensa extranjera (creo que fué la norteamericana) dió cuenta, allá por los años de 1852, de un caso de monomanía suicida, que vale la pena de recordarle a los que conserven de él alguna idea, y enseñarle a los que no le conocen.

Un *yanke* (llamémosle John, porque he olvidado su nombre), soltero, rico, no viejo y sí excéntrico, dió en pensar que la vida es para el hombre lo que las balas de algodón para los cargadores del muelle de New-York: un fardo pesado que conviene soltar lo más pronto posible.

Acariciando día y noche esta vaga idea, llegó a fijarla sólidamente en su cerebro, y una vez convertida en idea fija, ya no pensó más que en realizarla.

Al efecto subió una mañana a la azotea de su casa, provisto de una cuerda, que ató a una viga, y previos otros procedimientos que todos ustedes conocen, aunque no se hayan suicidado jamás por medio de la asfixia por estrangulación, se ahorcó pura y simplemente.

Es decir, así pensó hacerlo; pero no había contado con la huésped, porque al peso de su cuerpo (era un *yanke* de libras), se rompió el madero, y John dió en tierra sin consumir su obra. Al ruido acudió gente, se retiró de allí al aprendiz de suicida, se le curó, y a los cuatro días estuvo en disposición de intentar la segunda prueba.

John tomó una de las pistolas cargadas que tenía en un precioso estuche, la montó, aplicó el cañón a la sien derecha y tiró del gatillo...

La detonación atrajo a los criados, que, llenos de horror, levantaron del suelo el cuerpo de John, que presentaba una mancha horrible en el lado derecho de la cara; la mancha producida por el cartucho de la pistola... que no estaba cargada con bala. El ayuda de cámara de John, previendo este caso, había eliminado días antes el proyectil.

Repuesto de su leve herida, el terco americano acudió al medio más vulgar y económico de acabar con la existencia, y se bebió el producto de la disolución de dos cajas de fósforos en una copa de cognac. Pero el ayuda de cámara, que atisbaba constantemente a su amo, hizo venir un médico famoso, que, a beneficio de un fuerte emético, hizo expeler al paciente la sustancia tóxica, le curó en quince días la gastro-enteritis que sobrevino, cobró sus visitas, importantes sesenta dollars, y se despidió *hasta otra*.

A medida que John se fortalecía, fortalecíase también en su cabeza y circulaba por su sangre anglo-sajona la idea de entablar una lucha en toda regla con la fatalidad que le cerraba todos los caminos del suicidio.

Con su flema calculadora, preparó todos los medios de combate: determinó aritmética, algebraica y geoméricamente el sitio exacto de su economía animal en que debía buscar el lado vulnerable de la vida, invirtió varios días en perfeccionar y perfilar su *máquina suicidadora*, y por último, se sonrió por primera vez en su vida, como quien dice: «Lo que es de esta no te escapas.»

Animado con este pensamiento, salió de su casa provisto de los siguientes utensilios:

Una cuerda de cáñamo perfectamente enebada;

Un revolver de Colt, probado ya con el resultado más satisfactorio;

Una caja de fósforos, que seguramente no era de Cascante, pero que de fijo sería de una *trade-mark* acreditada;

Y por último, una dosis considerable de resolución y fuerza de voluntad para salir airoso de su empeño.

Era ya para él puntillo de honra y cuestión de amor propio separarse de una vida que se había pegado a él como una lapa, desde hacía cuarenta años, sin dejarle respirar un momento a solas.

Encaminóse con su preciosa carga hacia la playa; examinó el terreno con detenimiento, y eligió un sitio a la orilla misma del mar, donde se alzaba un árbol gigantesto inclinado sobre el agua, como si a posta hubiese crecido en aquella dirección oblicua para completar el ideal del impertérrito John.

Lo primero que éste hizo fué trepar al árbol hasta una altura de cinco ó seis metros. Allí se sentó entre dos ramas; ató la cuerda sólidamente a una de ellas; metió la cabeza en el nudo corredizo; se comió las fósforos; preparó el revolver; lanzóse de un salto al agua y al mismo tiempo disparó el arma.

¡Pobre John! ¡Cómo había de escapar a estas cuatro muertes tan ingeniosamente combinadas!

Si no moría ahorcado por la cuerda, moriría envenenado por los fósforos, ahogado en el mar, ó deshecho el cráneo por una bala.

Esto era evidente, y así habría sucedido tratándose de un hombre menos desgraciado que nuestro héroe; pero la historia nos dice que aquella misma noche John dormía en su cama. Y no dormía el sueño eterno, sino un sueño tranquilo, reparador, profundo, lo que en España se llama a pierna suelta...

Como se me va acabando el papel, contaré en pocas palabras lo sucedido. Al lanzarse John al mar desde el árbol, la bala del revólver, en lugar de cortarle el hilo de la vida, cortó el cáñamo de la cuerda; una vez en el agua, no murió ahogado, porque después de bregar algunos minutos, una oleada le arrojó sobre la arena de la orilla, y allí se completó la derrota del infortunado John, porque el agua del mar que había tragado obró sobre su estómago como un vomitivo y le hizo arrojar los fósforos.

John se convenció de que era *insuicidable*; pero ¡fragilidades de la humana naturaleza! casi todas las noches soñaba que se suicidaba tres ó cuatro veces al día.

BLAS.

LA ARQUITECTURA EN EL TEMPLO CATÓLICO

EL PÚLPITO

III



COMO complemento de ilustración de estos artículos, citaremos algunos ejemplos de púlpitos en España, presentando a nuestros lectores cuatro, hasta ahora inéditos, que hemos copiado de los originales.

Apenas si se hallan púlpitos anteriores a los últimos años del siglo XIV; por nuestra parte, no hemos visto ninguno ni en original, ni en copia, no habiendo tampoco podido hallar noticias sobre los más antiguos de nuestra patria. Pero desde la citada época hallanse en suma variedad, no sólo por su estilo arquitectónico, sino por la materia de que están formados.

Entre los mudéjares y ojivales, los platerescos de Berruguete y las aberraciones de Borromini y Churriguera, ya sean de piedra, de mármol, de estuco ó escayola, y de madera ó de hierro, encuéntrase abundante copia de donde entresacar preciosos modelos que pueden servir de tipo y ser motivo de estudio.

Los construídos en los dos últimos siglos consisten, por lo general, en sencillísimas barandillas circulares de balaustres de varilla de hierro, pues se destinaban a ser vestidos con paños en los días de predicación, dejando para el tornavoz toda la ornamentación, no siempre del mejor gusto. En la actualidad, y felizmente, bien se imiten formas antiguas de determinados estilos, bien se proyecten con otras más originales, se les da un carácter arquitectónico en armonía con el del templo.

Entre los antiguos hay muchos y muy bellos de estilo mudéjar, tan predominante en ciertas comarcas españolas, y singularmente en la toledana, hasta el siglo XVI. No es ocasión esta de aquilatar el valor del referido estilo, de historiar su origen y fases, y de hacer su crítica; y a más de ello, menos pudiéramos decir de tan vasto asunto, que lo que tan sabido tienen nuestros ilustrados lectores; pero los que le consideramos como eminentemente español y característico, no podemos menos de tributarle decidida devoción.

A él pertenece el púlpito que se encuentra en el refectorio del convento de religiosas franciscas de Escalona, villa célebre y nombrada en nuestra historia, y cuyas ruinas declaran su antigua importancia. Semejante al de Santo Domingo el Real de Toledo, y más aún al de Santiago del arrabal, con el cual tiene muchos puntos de analogía, y al de la sala capitular del convento de Jerónimos de Lupiana (Gualajara), su planta es poligonal, afectando la forma de un octágono de lados desiguales, pero paralelos, y de los cuales sólo se descubren cinco. Hállase colocado a escasa altura del suelo, y consta de tribuna con su apoyo en forma de pirámide invertida, y escalera embutida en el grueso del muro, careciendo de tornavoz.

La tribuna sobresale del muro a que está unida 0^m,70. Tiene 0^m,90 de altura sin la coronación, y está constituida por cinco tableros que forman otras tantas caras de un prisma. El del centro mide 0^m,42 de ancho, los inmediatos a cada lado 0^m,28 y los que se unen al muro normalmente 0^m,38; su altura es de 0^m,75; están separados por un baquetón que los rodea, y recuadrados por una faja de 0^m,04 adornada en unos con hojas y en otros con tallos continuos; los centros, distintos todos, presentan las más bellas combinaciones geométricas de arcos de círculo, con algunas, aunque pocas, rectas, formando

esos bellos *arabescos ojivales*, característicos del estilo mudéjar. El central es tan parecido al del centro también del citado púlpito de Santiago del arrabal de Toledo, que casi parecen hechos por la misma mano. ¡Lástima grande que tan hermosa obra, tal vez en un principio colorida, pierda la finura de sus dibujos bajo varias capas superpuestas de lechada de cal que la blanquean! Remátase la tribuna con una escocia de 0^m,12, en la cual se encuentra una inscripción, con caracteres monacales, difícil de descifrar por hallarse mutiladas muchas de sus letras. Como basamento de la misma y paso a la pirámide que le sirve de apoyo, hay un ancho baquetón, de otros 0^m,12 de diámetro, decorado con hojas y cintas a modo de corona; y dicha pirámide, de unos 0^m,80 de altura, se halla decorada con arabescos más sencillos y de formas parecidas en todas sus caras.

Hemos dado a esta declaración el nombre de *arabescos ojivales*, por querer denotar de una manera concisa su composición. Efectivamente, su trazado es de estilo puramente ojival en su más rico período, pero acomodado al relieve y efectos de los ornatos árabigos, y recordando las *axaracas* de los monumentos árabes, que es lo que precisamente constituye el estilo á que el púlpito pertenece. Corresponde indudablemente al siglo XIV, y si bien la materia de que está formado no es rica, nada quita esto a su indisputable valor artístico. Como todos los de dicha época, está armado con ladrillos de canto adheridos con estuco y revestidos de esta misma materia, llamada por los alarifes mudéjares *obra de yesería*, obtenida por medio de moldes de madera y esmeradamente repasada.

En fines del siguiente siglo o principios del XVI podemos fijar la época del púlpito que representa uno de nuestros grabados y existe en el templo parroquial de Canencia, pequeño pueblo de la provincia de Madrid, situado en lugar sumamente pintoresco de la sierra Carpetana y en un valle inmediato al regado por el río Lozoya. Dicho templo, y especialmente su capilla mayor, corresponden al estilo ojival en su último período, como se empleó en el reinado de los Reyes Católicos, y dejando entrever los albores del Renacimiento. Así es que en el púlpito que vamos a describir se notan detalles del Renacimiento, tales como la ornamentación y perfil de los marcos de los tableros. Construido de piedra caliza y también blanqueado con lechada de cal, que afortunadamente hemos podido conseguir que desaparezca, no carece de buenas proporciones y elegancia. Su apoyo se verifica por medio de una columna exenta, cuyo eje coincide con el de la tribuna, y formada por su basa de forma resistente, un corto y robusto fuste y un amplio capitel con su collarín decorado con hojas y cintas a modo de corona, tallado para pasar de la forma circular a la octágona, y coronado por un gran cimacio valientemente perfilado para producir el ensanchamiento que necesita la base de la tribuna. Entre ésta y dicho cimacio hay una ancha escocia ricamente decorada en alto relieve con hojas y frutos de la flora del país, animales y figuras humanas. En la flora nótase la hoja y el fruto de la encina; la fauna está representada por un cerdo y una paloma, simbolizando tal vez la carne y el espíritu, componentes de la personalidad humana, y cuya eterna lucha es la constante historia de la humanidad. La paloma es un antiguo signo de muy vario simbolismo, y su imagen se ha colocado en multitud de monumentos cristianos, pero no hay duda que casi siempre representa el espíritu, el alma, pues así se la llama en el Cantar de los Cantares: *Surge, columba mea, et veni* (II, 10).

En otro costado (no visible en el dibujo por ser contiguo al muro), hay, entre hojas y troncos, un niño desnudo en una difícilísima y no muy decorosa postura.

La columna, cuya circunferencia es de 0^m,98, mide de altura, comprendiendo base y capitel, ó sea desde el pavimento del templo hasta la parte superior del cimacio, 1^m,35, y la escocia decorada 0^m,19 de ancho. Sobre ella se asienta la tribuna de planta semioctogonal, descubriéndose la mitad próximamente del cuarto lado; su altura total, medida exteriormente, es de 1^m,24, y se compone de un zócalo dividido en varias fajas que forman en junto un ancho de 0^m,42 y de un tablero en cada frente de 0^m,82 de altura por 0^m,73 de ancho y sin cornisa ni moldura alguna de terminación.

La inspección que nuestros lectores pueden hacer de la lámina, nos ahorra enojarnos con una cansada descripción del decorado; pero no dejaremos de llamar su atención sobre la combinación de tres estilos que se nota en los tableros de la tribuna. Los arcos conopiales del ojival con hojas y remates de este estilo; el fondo de formas arábigos, formando a modo de arcadas en herradura; y el marco de hojas que recuerdan el ornato de corazones con el rosario del zócalo, manifestando la tendencia al renacimiento

de los antiguos estilos, forman, sin embargo, un conjunto agradable y armónico, pues tratados con arte, realzarse y se destacan las formas ojivales que son las predominantes.

El púlpito carece del tornavoz que le corresponde, pues sólo tiene uno dorado de madera y de pésimo gusto, y su escalera está oculta y atraviesa el muro.

Como hemos dicho, es de piedra caliza, y la tribuna está formada por losas de 0^m,22 de grueso, engrapadas, y que dejan entre sí un espacio de 1^m,05x0^m,75. En una de ellas (la que se une al muro), nótase interiormente medio escudo en que campea un castillo, y encima la inscripción incompleta y en letras góticas: AVE María.

Tócanos ahora describir, aunque brevemente por no alargar demasiado este artículo, otros dos púlpitos, ambos de estilo del Renacimiento, ambos de piedra y jabelgados y pintarrajeados al temple, sin duda para hermosearlos. Difieren mucho en su disposición y carácter ornamental, pues mientras en uno se observa la escuela de Berruguete, en el otro hay una tendencia a la de Diego Siloe.

El del templo parroquial de Buitrago, es indudablemente menos bello. Su tribuna, de planta octagonal, se compone de tableros separados por pilastras, ricamente decoradas y ornamentadas con medallones en que campear bustos de relieve, colocados en su centro, y figuras y hojas que llenan los espacios restantes, una cornisa decorada y con cabezas aladas de ángeles en los ángulos la termina, y un pequeño zócalo sirve de asiento a las pilastras. El apoyo lo constituye un tronco de pirámide cuyas caras se hallan también decoradas con grifos y hojas, cuya base inferior reposa sobre el capitel de una semicolumna estriada con su basa y plinto. Sus dimensiones son reducidas, la escalera no es aparente, y la puerta que da acceso a la tribuna es de arco circular, flanqueada por pilastras decoradas, con sus capiteles que sostienen una cornisa coronada por un medio rosetón de poco gusto. El conjunto del púlpito es agradable, y como su escultura está vigorosamente acentuada, produce claros y oscuros muy marcados.

Más fino de detalles y más amplio de proporciones es el existente en la iglesia de Lozoya, pueblo a la margen del río de este nombre y situado en el pintoresco valle que encierra un monumento notable del arte arquitectónico: la Cartuja del Paular.

La tribuna es cilíndrica, coronada por una cornisa y dividida en tableros decorados con niños desnudos, quimeras y animales fantásticos de formas caprichosas y prolijo trabajo. Sirve de zócalo una escocia entre dos toros; como el perfil de la basa ática, y después de una faja cilíndrica, viene una ancha moldura decorada con aves fantásticas, y luego otra inversa con hojas, que reposa sobre el capitel de una columnilla exenta, de fuste estriado, con basa sobre el pavimento del templo, pero sin plinto. La escalera es aparente, y la decoración de su barandilla sigue el mismo orden que la de la tribuna. El púlpito está colocado al lado de la Epístola, unido a un pilar, al cual rodea la escalera por el lado más próximo a la capilla mayor. Sus dimensiones son las siguientes: altura de la columna, 1^m,30; diámetro, 0^m,20; molduras entre el apoyo y la tribuna, 0^m,34; altura total de la tribuna, 1^m,01; altura desde el pavimento del templo a la parte superior de la tribuna, 2^m,65; diámetro interior, 0^m,85; ancho de la escalera, 0^m,70.

Fuerza nos es concluir, pues harto hemos abusado ya de la atención de nuestros lectores, y si no fuera por esta consideración, algo diríamos sobre otros púlpitos que hemos tenido ocasión de ver y apuntar; pero cumplido nuestro propósito, nada más añadiremos a lo dicho, como no sea insistir en nuestro deseo, ya indicado en el anterior artículo, de que los arquitectos españoles cuiden de proyectar, en las iglesias que construyan, los púlpitos correspondientes, con el mismo cuidado, con igual esmero que si se tratara de la fachada principal ó de otra parte importante del edificio, pues creemos haber probado que es detalle muy interesante el púlpito en todo templo católico.

E. M. REPULLÉS Y VARGAS.
Arquitecto.

LA SAMARITANA

(Historia posible.)

I



Esta Samaritana no es la mujer de Samaria de que nos habla el Evangelio, sino una fuente conocida con tan poético nombre, y que existió, siendo una de sus maravillas, en la huerta que se extendía a espaldas de lo que fué, en tiempos no lejanos, convento de Valdescopezo.

¿Qué fué Valdescopezo?

El viajero que visite a Medina de Rioseco podrá ver a una legua escasa de la población, y al Sudoeste de ella, en las vertientes occidentales de los alcóres que dominan la llanura, un valle retirado y silencioso.

Dicen los naturales que allí no existía a principios de la Era cristiana más que un triste arroyuelo que, descendiendo por entre las quebraduras de la cordillera, iba serpenteando hasta perderse en las sedientas células de la tierra llana.

En tan melancólico sitio abrevaba diariamente sus ganados una pastora de las cercanías, tan pecadora como la mujer bíblica.

El día antes la había pedido agua con que apagar su abrasadora sed un anciano eremita, famoso por sus virtudes.

Los cristianos lo esperais todo de Dios, le contestó, que El te dé el agua.

Y se alejó riendo del venerable viejo.

A la mañana siguiente fué la pastora al abrevadero, y sus ganados no pudieron beber. El arroyo estaba seco.

Entonces se le apareció el ermitaño de la víspera, y la dijo con inspirado acento:

— Aquí brotará una fuente cuando hayas llorado tanto tus pecados, que las lágrimas puedan formar un manantial.

— ¿Y hasta entonces? preguntó irónicamente la pecadora.

— Hasta entonces, contestó el anciano, tú y tus ganados padeceréis sed, porque el arroyo continuará seco.

La tradición dice que el vaticinio se cumplió.

Brotó la fuente, y en memoria de la arrepentida mujer se la llamó con el nombre que todavía conserva: la Samaritana.

II

Lo que sí es cierto, porque así consta de la escritura de fundación, es que en el ameno valle se fundó el convento allá por el siglo XV.

«Este convento de Valdescopezo, que es dicho Santa María de Esperanza, por tener el nombre de la Virgen sin mancilla, nuestra Señora, fué comenzado por el bienaventurado Padre de buena memoria, J. Pedro de Santoyo, en una pequeña casa ó ermita, encima de esta huerta, donde los fraayres estuvieron por algunos días, é esta fué la cuarta casa de la provincia, é esto fué por el año de Nuestro Señor Jesucristo de 1429, año poco más ó menos, é tan poco era el número de fraayres en aquellos tiempos, que non tenían más de un sacerdote, é aquel se iba y venía á confesarse á Valladolid para decir misa, é después que algunos años en aquella casilla moraron, el muy noble señor D. Fadrique, Almirante de Castilla, muy devoto de nuestra Religión, en especial de esta nuestra provincia, mandó hacer esta iglesia é casi toda la casa por la mayor parte. — Fué este señor Almirante padre de la señora Reina Doña Jhoanna, que fué Reina de Navarra, é después Reina de Aragón, padre del muy esclarecido y victorioso señor el Señor Rey Don Fernando, que agora reina. Fué este dicho señor Almirante de tanta devoción é la señora Doña Teresa, su mujer, que si los fraayres quisieran, no solamente todas las cosas que eran menester para edificación, más ainda para el mantenimiento de cada día querían dar si los fraayres lo quisieran recibir.»

Resulta, pues, que el convento de Valdescopezo fué fundado para mansión sepulcral de los Almirantes de Castilla, y consta que en él fueron depositados los restos de treinta y tres, contando sus deudos, de aquellos magnates, que con sus nombres dieron lustre á la historia patria.

Hoy todo ha desaparecido: iglesia, convento, frondosas arboledas...

Si las cenizas de aquellos hombres ilustres pudieran abandonar sus lechos de piedra, volviendo á tomar sus imponentes corpóreas formas, es posible que se encararan con la generación actual dirigiéndola estas ó parecidas increpaciones:

— Como el fatigado viajero busca reposo tras larga y azarosa jornada, así nosotros buscamos, al final del camino de la vida, solitario albergue donde dormir el sueño de la muerte. Como en el Poblet los monarcas de Aragón, como Pelayo en los silvestres breñales de Covadonga, como el Cid en el ascético monasterio de San Pedro de Cardena, así nosotros quisimos tener y tuvimos un misterioso rincón donde alojar nuestros descarnados huesos. ¿Qué habéis hecho de nuestro silencioso retiro?

Y preciso es confesar que estos sentidos razonamientos estarían llenos de verdad.

La iglesia, cuya nave era de orden dórico, sostenida por medias pilastras y cubierta de bóveda ojival guarnecida de filetes y rosetones; el convento, de

toscano estilo, sobre cuya portera estaba abierto en colosal lápida el blasón ducal de la familia de Osuna; el magnífico estanque de sillería para mantener pesca en los copiosos raudales perdidos de la *Samaritana*; las frescas corrientes y sombrías alamedas, todo se ha convertido en un monótono erial que surca el arado, tal vez sin que sospeche su sencillo conductor que aquellos áridos campos fueron, aún no hace un siglo, verdadera copia del Eden.

Hoy el viajero que recuerde el espléndido pasado y contemple el tristísimo presente de Valdescopezo, no podrá menos de decir con el profeta del dolor:

— ¿Y estuvo aquí la ciudad de tan perfecta hermosura?

III

Aunque tarde, comience nuestra historia.

IV

— ¿Y este año habrá Samaritana? preguntaba al caer la tarde de la víspera de San Juan una traviesa aldeana á varias compañeras suyas, que como ella,

aguardaban turno junto á la fuente para llenar las herradas.

— ¿Qué ha de haber, hija, qué ha de haber? replicaba otra, famosa entre su vecinas por sus dichos picantes y mal intencionados; ahora no se estilan Samaritanas que lloren.

— ¿Que no?

— Ni que se arrepientan sin llorar siquiera. Eso era antes.

— ¿Pues no dicen que todos los años, al dar las doce, aparece una junto á la fuente? dice una niña de atezado y gracioso rostro.

— Así decían, replica la traviesa lugareña, que desde ahora conocemos por el nombre de Maruja; pero desde que la madre de la Ramona pasó allí llorando toda una santa noche, y á otro día la dejó abandonada su marido...

— ¿Qué? ¿qué? preguntan varias, acercándose cuanto pueden á la narradora.

— Yo lo he oído decir en mi casa; pero no quiero que se lo digáis á la Ramona.

— ¡Bueno fuera! dicen unas.

— ¿Tú te burlas? exclaman otras.

— Pues mirad: su madre estaba casada con un hombre que era una bendición de Dios. ¡Como que era la más rica heredera de todo Medina de Rioseco, y había estado mucho tiempo en Valladolid!

— ¡Toma! dicen unas cuantas, de ahí bien se pueden traer buenos novios.

— ¡Ya lo creo! aseguran las restantes.

— Es el caso, continúa la indiscreta narradora, que al principio todo fueron tortas y pan pintado; pero después él comenzó á enflaquecer y ella á ponerse amarilla.

— Estarían malos.

— ¿Qué malos ni qué niños muertos? Es que doña Dolores, que entonces se llamaba *doña* y todo, llevaba la procesión por dentro.

— Pues ahí tienes la enfermedad, interrumpe una inocente chiquilla. ¡Ahí es nada una procesión por dentro!

Todas las presentes sueltan una sonora carcajada, y la decidora Maruja prosigue tras un picaresco mohín, que provoca de nuevo la risa de su auditorio.



EL TOQUE DE MAL TIEMPO. — COPIA DEL CUADRO DE MODESTO URGELL.

— Pues como decía, una noche de San Juan, punto de las doce, bajaron los mozos del lugar á bañarse en la *Samaritana*, donde era costumbre encontrar todos los años una arrepentida. ¿Y sabéis á quien hallaron? Pues á la madre de Ramona.

— ¡Oiga!

— ¿Sí?

— Pronto llegó la noticia al pueblo, y desde entonces, su marido se hizo sal y agua.

— ¿Por qué? pregunta la inocente niña que antes la interrumpiera.

— Toma, porque su mujer era arrepentida.

— ¿Y eso es malo? vuelve á decir la sencilla aldeanita, cuya lógica, como la de todos los niños, era inflexible. Pues el catecismo que nos lee todos los sábados el señor vicario, enseña que de los arrepentidos es el reino de los cielos.

— Sí, pero el que se arrepiente es porque antes ha sido malo.

— Y por eso dicen luego, apoya una, que algo tendrá el agua cuando la bendicen.

— ¡Justo! afirma el coro.

— Desde aquel día, concluye la pertinaz narradora, no se ha vuelto á encontrar otra.

Y como ya todas han llenado sus cántaros, toman paso á paso el camino del pueblo.

En mitad del sendero que conduce á la fuente se cruzan con una hermosa niña de modestos ademanes y pálido rostro, que también lleva bajo el brazo un cantarito.

Saluda seria, pero graciosamente á sus vecinas, que la dejan franco paso, y sigue su camino sin prestar oído á las bulliciosas aldeanas, que murmuran muy bajito:

— La hija de la última Samaritana.

V

Cada villa tiene su maravilla, dice el adagio, y la de Medina de Rioseco es, además del recuerdo del suntuoso convento de Valdescopezo, la preocupación de las arrepentidas de la fuente.

Cuando Ramona llega, no queda en ésta más que la sencillísima criatura que ya conocemos, la cual

se adelanta á recibir á su pálida vecina, que, dicho sea de paso, es de entre las aldeanas la que tiene en más estima.

Las almas buenas simpatizan siempre.

— ¿Qué hay, Asunta? pregunta la reciénvenida.

— ¿Qué quieres que haya? Que mañana es el día de San Juan, y á las nueve encenderán los mozos las hogueras, y á las doce...

Al llegar aquí se detiene repentinamente la niña.

— ¿A las doce, qué? pregunta Ramona.

Su interlocutora, que no sabe mentir, se pone encendida hasta los ojos, y contesta como si hacerlo fuera grave pecado:

— A las doce vendrá la *arrepentida* de la fuente.

— ¿Crees tú eso?

— Lo dicen tanto...

— Pues mira, yo no lo creo, y eso que lo he oído lo mismo como tú.

— Hija, cuando el río suena...

— ¿Quieres convencerte de lo contrario?

— Con el alma.

— Pues esta noche baja á la Samaritana.

- ¿Yo? tengo miedo.
 — Baja rezando, y no temas nada.
 — ¿De veras?
 — Baja.

Y como la noche ha sobrevenido, las dos niñas se retiran al lugar, la una convencida de que es un puro cuento lo de las aparecidas; la otra decidida á convencerse.

La candorosa lugareña de marmóreo rostro y mirada melancólica, la dulce y seria Ramona penetra en su casa.

- Buenas noches, madre, dice al entrar.
 — Vengas con Dios, hija, contesta una voz enfermiza, ajada, triste. La de su madre que hace

mucho tiempo yace postrada en el lecho del dolor.

- Tenía ganas de llegar.
 — Y yo de que llegaras.
 — ¡Claro! A oscuras... se habrá usted impacientado, madre.
 — No es por eso, hija, no es por eso.
 — Entonces...
 — Ven.

Ramona se aproxima á su anciana madre, que se apresura á abrazarla, y entre las sombras comienzan un diálogo tan en voz baja, tan velado, tan lleno de santo misterio, que sería imposible asegurar existieran seres en aquella pobre y oscura habitación.

Cuando la conversación terminó, interrumpió el

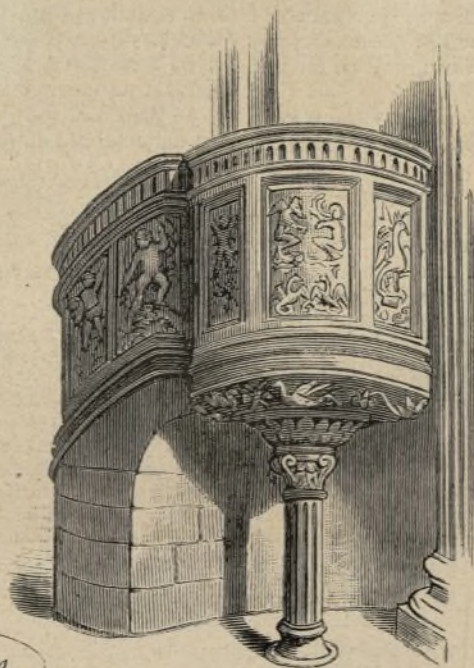
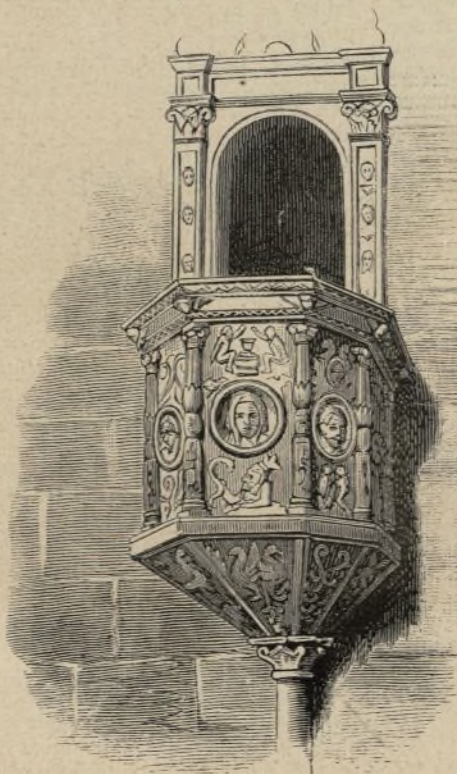
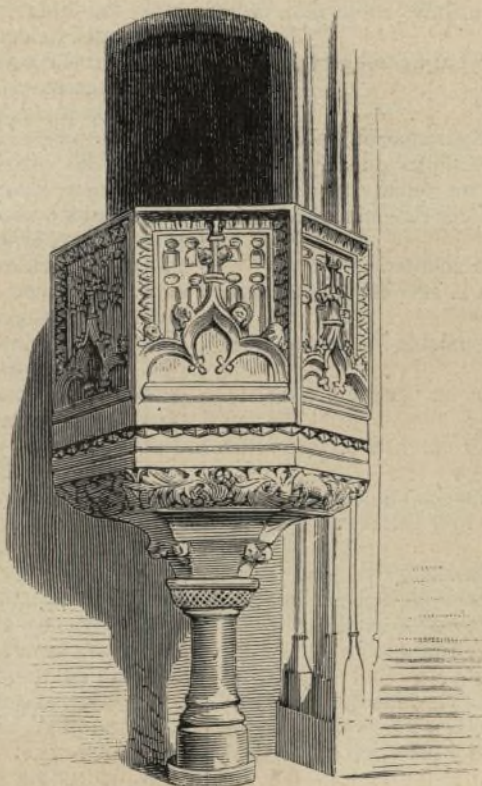
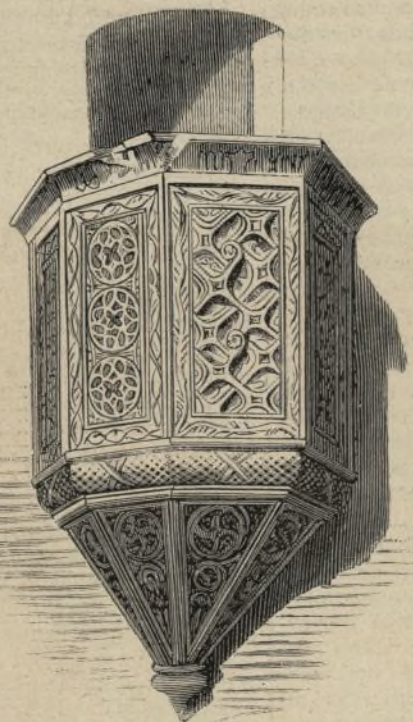
silencio que reinaba el eco de un doble y sonoro beso, que allí desempeñaba el papel de firma á un contrato, de sello á una promesa sagrada.

- ¿Tendrás valor, hija?
 — Tendré valor, madre.

VI

¡Qué poética es la verbena de San Juan en los pueblos!

Grupos de alegres familias se lanzan á las calles y plazas llenando con su presencia de júbilo al pasivo observador.



Pulpito en el refectorio del convento de religiosas de Escalona (Toledo.)
 Pulpito en el templo parroquial de Buitrago (Madrid.)

Pulpito en el templo parroquial de Canencia (Madrid.)
 Pulpito en el templo parroquial de Lozoya (Madrid.)

La música, los tiernos cantares, los dichos joviales, las hogueras, ese rumor especial de las multitudes, las flores de la palabra y las flores de los prados, todo contribuye al regocijo.

Y esto, que es patrimonio de todos los pueblos, se veía, se tocaba, sea permitida la frase, en la verbena de San Juan en Medina de Rioseco.

Iban á dar las doce, y un grupo de alegres mozos se encaminaba con presuroso paso á Valdescopezo.

Las fuentes son en esta fiesta el *finis coronat opus*.

La conversación giraba sobre el obligado tema de las aparecidas.

Los jóvenes llegaron.

Este año se cumplía la tradición con exceso.

No una, sino dos *arrepentidas* habían acudido á llorar á la Samaritana.

Ramona y Asunta, contracción del hermoso nombre de Asunción; pero la una por curiosidad, la otra por deber.

Con todo, en esta ocasión las había de medir por igual el rasero de las preocupaciones.

— Oid, exclama uno, este año se han desquitado las pecadoras; vienen á pares.

— Vamos sin hacer ruido, dice otro; porque si espantamos la caza, luego no sabremos á quién echarle la china.

— ¡Que si quieres! observa un tercero; si parece que las han enclavado.

— ¡Calla! pues si es Asunta, exclaman á coro todos los mozos.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! aún no asamos y ya pringamos.

— Temprano comienzas, hija.

— ¡La santa!

Y todos rodean á la pobre niña, que mira con espantados ojos á los mozos, sin acertar á comprenderlos.

Y se multiplican los epigramas.

Se oye tal cual palabra indiscreta.

Y la algazara crece, cuando distinguen á los pocos pasos á la cándida Ramona.

— De casta le viene al galgo tener el rabo largo, dice uno.

— Dime con quien andas, te diré quien eres, grita otro.

— De tal palo, tal astilla, aullan los demás.

Y las pobres son juguete de la chacota, de la broma, de la intemperancia de los mozos, no teniendo para defenderse de las agresivas alusiones de aquella gente, más que sus lágrimas y su candor.

¡Y son armas tan débiles!

Por fin, cansados de broma y ganosos de dar la noticia en el pueblo, dejan a Valdescopezo y toman el camino de Medina de Rioseco dejando:

A Asunción atónita.

A Ramona llorosa, pero decidida.

Cumpliendo su promesa de tener valor.

Pero ninguna de las dos pronuncia una sola palabra, y si por un momento estrechadas, empujadas por los mozos se han podido juntar, vuelven a separarse, yendo la una a llorar las consecuencias de su curiosidad, y la otra a apoyarse en el pilón de la fuente.

A esperar. Porque de esperar tiene encargo.

VII

El viento lleva hasta Valdescopezo los ecos de la campana de Medina, que da las doce, y como si la última campanada hubiera tenido la virtud de evocar sombras, una se aparece repentinamente ante el pilón de la Samaritana.

— ¡Valdescopezo! dice la sombra.

— ¡24 de Junio! contesta la afligida doncella con voz vibrante.

— ¿Podré saber con quién hablo? preguntó el recién llegado.

— Con la hija del que fué un día regidor de Medina de Rioseco.

— ¡Hija de mi alma! gritó entonces el aparecido arrojándose en sus brazos.

— ¡Padre! exclamó la doncella imitándole.

Y ambos se confundieron en estrecho y prolongado abrazo.

— ¿Y tu madre? ella debía haber venido.

— Está enferma, y me encargó al venir que, en su nombre, os diera el abrazo de despedida.

— ¡Oh, no! corramos en su busca.

— Tengo miedo, padre.

— No temas. Felipe V ha perdonado a los partidarios del Archiduque Carlos, y vuelvo a mi hogar nombrado nuevamente regidor perpetuo de Medina. Y así era en efecto.

El monasterio de Valdescopezo estaba bajo el patronato de los Almirantes de Castilla, y es sabido que el muy ilustre Sr. D. Juan Tomás, que lo era al morir Carlos II, había tomado las armas en favor del pretendiente austriaco.

Sus deudos le siguieron a la lucha, y entre ellos D. Diego de Paredes, noble hidalgo vallisoletano, regidor de la villa de Medina.

La noche de San Juan de 1702, de aquel año de general conflagración en que las potencias congregadas en Ratisbona habían contestado al «ya no hay Pirineos» de Luis XIV, con el arrogante «las armas lo dirán», se había despedido D. Diego de su buena esposa, que había querido acompañarle hasta la fuente del Convento, y donde llorando como una Magdalena la habían sorprendido los ignominiosos visitantes de Valdescopezo.

Vencidos o vencedores, los amantes esposos habían convenido volverse a ver en el mismo lugar de la despedida.

Y aquel año debían verse entre el misterio, porque la paz de Utrecht reconociendo a Felipe V su mejor derecho a la corona de Castilla, había quitado a la casa de Austria su oficio de reinar en España.

La causa que había defendido su esposo estaba muerta.

Pero un hecho que la Historia ha consignado, el que los aliados de los Hausburgos no respetaran en su ardiente acometimiento ni al Pontífice, hizo que muchos de los partidarios del Archiduque se pusieran a las órdenes del duque de Anjou.

D. Diego fué de éstos.

Y volvía a su casa harto de las fatigas de la guerra de sucesión, y hambriento de los gozos del hogar.

VIII

A otro día, pasado el temor y susto consiguiente, contaba la inocente Asunta todo esto a sus vecinas; y como en desquite de lo que las preocupaciones del pueblo le habían hecho sufrir y atormentado tanto a la buena familia de Ramona, decía a cuantas querían oírlo:

— ¡Que luego digan que de los arrepentidos no es el reino de los cielos!

Desde entonces, los mozos de Medina de Rioseco, no escarnecen a las arrepentidas de la fuente.

Han pasado muchos años, y todavía quedan hoy recuerdos de la Samaritana.

MARTINEZ PARRA.

LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA



si se llama la producción de ciertos animales de sencilla organización, a los cuales no se asignaba en la antigüedad ni causa unívoca, ni siquiera causa orgánica. Los autores de libros elementales suelen pasar en silencio esta cuestión, hoy más que nunca importante, por la aceptación que ha tenido el libro de Hæckel¹, y por las tendencias materialistas de su escuela. Pretende este autor, apoyándose en que la química llega a componer úrea, que las combinaciones orgánicas no son necesariamente obra de organismos, y que las *moneras*, pequeñas masas informes de albúmina, sin diferenciación de funciones, son una prueba más de la generación espontánea. En apoyo de su tesis invoca el famoso *Bathybius*, organismo sin órgano, que se organiza espontáneamente en el fondo de los mares, si bien la química se ha encargado de demostrar que el pretendido viviente es sólo fosfato de cal².

Hay, en efecto, cierta clase de animales, como los batriacios, algunos peces, el pulgón, los hongos, y los gérmenes innumerables que se desarrollan en los líquidos en fermentación y en determinados sólidos que se descomponen, a los cuales no era fácil antiguamente señalar progenitores de la misma especie, para aceptar, sin excepciones numerosas, el principio de Harvey y de Linneo: *Omne vivum ex ovo*. Un cadáver expuesto a la acción del aire, se cubre inmediatamente de gusanillos, y hanse encontrado parásitos en los intestinos, en el globo del ojo, en el hígado, en el interior del cráneo, y en el centro de las frutas y de las maderas. Los piojos pululan de una manera prodigiosa en el cuerpo de ciertos hombres, como sucedía en los de Sila, Platón, los dos Herodes, el Emperador Maximino y el Rey de España Felipe II, a cuyo fenómeno dan los médicos el nombre de phtiriasis.

Los antiguos filósofos, careciendo de los datos precisos que hoy ofrece la observación auxiliada por el microscopio, atribuían estas súbitas apariciones de vivientes a la generación espontánea *sive ex putrescente materia*. «La tierra, decía Epicúreo, es la madre común de todo lo que vive, por más que hoy, extenuadas sus fuerzas, no produzca ya ni hombres, ni grandes animales, sino pequeños e imperfectos seres». — «Hay animales, añadía Aristóteles, que nacen por sí mismos, sin ser producidos por animales semejantes. Proceden de la tierra podrida ó de las plantas... y también de las superfluidades de otros animales»³. Plinio atribuye el mismo origen a las larvas, piojos, pulgas, polilla, ácaro, anguilas, ratones, etc.⁴; pudiendo decirse que Ovidio no hizo más que poner en arte métrica las palabras del célebre naturalista, cuando escribió:

..... Eoden corpore sæpe

Altera pars vivit, rudis est pars altera tellus (5).

Lo mismo sintió Eleano, Diodoro de Sicilia, Plutarco y Virgilio, sin hablar de los alquimistas del

1 *Historia de la creación natural*, por E. Hæckel

2 El *Bathybius* fué descubierto por Huxley en las muestras de los sondeos practicados en el mar Atlántico septentrional. Era, decía el entusiasta trasformista, un *protoplasma*, sin forma definida y sin órganos distintos. Hæckel observó en él movimientos de trepidación, le proclamó dotado de vida, y creyó realizado el ideal de los trasformistas, al ver a la materia organizarse por sí misma. Gümber y Zittel incurren en la misma falta, y el *Bathybius* ocupa por fin su puesto de honor en los tratados descriptivos, colocado a la cabeza de las *Moneras*, primera familia de los Protozoarios. Dawson y Carpenter le invocan para justificar los caracteres enigmáticos de su *Eozoon Canadense*, y todo marcha viento en popa para nuestros científicos trasformistas. Mas hé aquí que el navío inglés *Challenger* sale a una misión científica, durante la cual le hemos visto en los mares del extremo oriente; y ¡oh desengaño cruel! el eminente químico de la expedición da por fin con el famoso *Bathybius*, le somete a escrupuloso análisis, y encuentra solamente sulfato de cal. ¡La imaginación calenturienta de los científicos había divagado largo tiempo en torno de un precipitado cualquiera mineral, y la había revestido de propiedades orgánicas! Sin embargo, Allman, Presidente del Congreso de la Asociación Británica, reunido en Sheffield (Agosto de 1879), intentó resucitar al ya muerto *Bathybius*, halagando de paso el amor propio de Huxley, allí presente, y designado para responder al Presidente. ¡Nueva sorpresa! Huxley es sincero, y dijo paladinamente que el travieso *Bathybius* no había correspondido en nada a las esperanzas concebidas cuando le había bautizado con tanta alegría; que ya le había perdido de vista. Por fin Murray, uno de los sabios de la expedición *Challenger*, extendió la partida de defunción del supuesto *protoplasma* con fecha 11 de Setiembre de 1879. Acompañamos a los científicos de Madrid en su justo sentimiento.

3 En el libro V de su *Historia de los animales*.

4 Detegente eo (Nilo) muscoli reperitur inchoato opere genitalis aque terræque, jam parte corporis viventes, novissima effigie etiam nunc terrena. — Libro IX, cap. 58.

5 V. Roselli. O. P. Summa Philosophica, tomo IV, cap. 29.

siglo XVII, como los Padres Kircher y Bonani, que daban recetas *infallibles* para producir serpientes, escorpiones y otras lindezas por el estilo.

Los Santos Padres y los escolásticos de la Edad media admitían una generación espontánea, racional en el fondo (por más que se aparte de observaciones más recientes), y que era diametralmente opuesta al moderno materialismo. Santo Tomás resume admirablemente la opinión católica de su tiempo: «Avicena supuso que los animales todos podían ser engendrados de alguna combinación de los elementos sin el germen seminal, aun por vías naturales. Esto, empero, parece insostenible, por cuanto la naturaleza procede a sus efectos por medios determinados; y por lo mismo, los seres que son engendrados del dicho germen no pueden naturalmente serlo sin él. Habremos, pues, de decir más bien que en la generación natural de los animales, el principio activo es la virtud productiva de la forma, que reside en el germen, respecto de los que son engendrados de éste; siendo reemplazada esa virtud en cuanto a los engendrados de la putrefacción por la del cuerpo celeste; y el principio material en la generación de unos y otros es algún elemento ó alguna combinación elemental. Mas en la primera institución de los seres, el principio activo fué el Verbo de Dios, quien de la materia elemental produjo los animales, fuese en acto ó virtualmente, según la respectiva opinión de los otros Santos ó de San Agustín; no porque la tierra ó el agua tengan en sí la virtud de producir todos los animales, como pretendió Avicena, sino que eso mismo de poder ser producidos los animales de la materia elemental por virtud del germen ó de las estrellas, proviene de la *virtud primordialmente* otorgada a los elementos»¹. Y añade: «Para aquellas cosas que se engendran en la putrefacción existe en la materia un principio *semejante a la virtud activa del germen*, el cual causa el alma en tales animales»². Por cuya razón concluye muy oportunamente el P. Pesch que «casi todos los peripatéticos, al poner en las estrellas, en la luz, en el calor y en la humedad la causa de estas generaciones, afirmaban además la existencia de una especial virtud seminal para cada una de ellas, que afectaba a la materia de una manera particular»³.

Algunos naturalistas modernos, entre ellos Pouchet y Joly, se han declarado mantenedores incansables de la generación espontánea, llamada más propiamente *heterogénea*, aunque estrechados cada día más y más a medida que los hechos iluminan los horizontes brumosos de la ciencia, se han refugiado para sostenerse con algún honor a los últimos dominios de la observación, que aún permanecen en tinieblas. Hé aquí las diferentes hipótesis que se han escogitado para la explicación del fenómeno:

1.^a Generación espontánea, propiamente dicha; es decir, constitución de seres vivos por el concurso exclusivo de elementos inorgánicos: *agenesia*.

2.^a Facultad de las moléculas de un cuerpo organizado para reconstituirse por sí mismas, después de la muerte de aquél, en nuevos cuerpos vivos de naturaleza diferente: *necrogenesia*.

3.^a Facultad del cuerpo vivo para transmitir el principio vital a organizaciones diferentes de la suya sin comunicarle carácter determinado de especie ó de familia. Pudiera llamarse *amorfogenesia*.

Agenesia. — En 1668 se declaró Redi adversario de esta teoría antigua, probando con hechos tangibles que los gusanos que aparecen en las carrocas eran larvas de insectos cuyos huevos habían sido depositados sobre la carne en putrefacción. Admitió, sin embargo, la agenesia para los insectos de las agallas, cuyo origen no supo explicar de otra manera. Siguiendo sus huellas, calculó Leuwenhoeck que una sola mosca puede poner más de setecientos mil huevos, descubrimiento que hizo decir a Linneo: «Primero consumen el cadáver de un caballo tres moscas que un león.» Vallisnieri descubrió que una mariposa nocturna, llamada después *pirala de la manzana*, depositaba sus huevos en la época de la florescencia, y de ellos salía más tarde la larva que devora el sabroso fruto, haciéndole caer estenuado, para trasformarse ella en crisálida sobre la tierra, y ser luego mariposa. Contra la opinión de los antiguos acerca de la agenesia de las abejas⁴, levantóse Swammerdan demostrando su procedencia de los huevos puestos por la reina, y reivindicando el mismo origen para los piojos, el pulgón, y ciertas larvas

1 *Summa theolog.*, 1.^a parte, cuest. VII, art. único ad primum

2 VII *Metaph.*, lect. VIII, litt. A.

3 *Institutiones Philosophiæ naturalis*. Friburgo, 1880, núm. 190.

4 Los partidarios de la generación *ex putrescente materia sive ex resolutionem elementorum*, solían decir que de la corrupción de la carne del toro nacían las abejas; del caballo, las avispas; del asno, el escarabajo; del cangrejo, el escorpión; del pato, el sapo, etc.

que se alojan en el interior de ciertas hojas. Descubrió Bonnet el secreto de la *partenogenesis* al observar que los pulgones, ovíparos en determinados meses del año, gozaban además de la facultad de multiplicarse por una especie de yemas en época diferente.

Malpighi sorprendió el secreto de la inoculación de la agalla, que había sido para Redi un misterio impenetrable. Vió á un cinife poner sus huevos en la yema entreabierta de la encina, y desarrollarse más tarde la desconocida formación, extendiendo Reaumur y Geer las mismas observaciones á la generación de otros seres que se ven en las hojas, frutos, raíces, ramas y troncos de los árboles, y hasta en los tejidos y huevos de diferentes animales. Si se toma una larva, que haya sido atacada por el ichneumon, y se la alimenta cerrada en una caja, se verá con sorpresa que, en vez de la mariposa esperada, sale metamorfoseado un gusano, hijo del destructor, el cual había depositado su huevo al efectuar la picadura.

Así avanzaba la entomología, refutando de pasada con hechos innegables el sistema de Epicúreo de la generación espontánea, cuando á fines del siglo XVII descubrió Leuwenhoeck con el auxilio del microscopio los millares de infusorios que en poco tiempo se desarrollan en el agua pluvial, con sólo introducir en ella alguna materia orgánica. Los partidarios de la agenesia batieron palmas de júbilo, presagiando el triunfo de su desautorizada hipótesis. Backer, empero, les salió al encuentro, aventurando la opinión de que esos infusorios pudieran muy bien proceder de huevecillos suspendidos en el aire, como el polvo y las semillas de las plantas.

Cabe á Spallanzani la gloria de haber elevado á tesis la hipótesis de Backer, presentando en su favor hechos tangibles, evidentes y demostrativos. Propúsose el ilustre naturalista examinar si los infusorios se desarrollaban con estas dos condiciones: 1.ª, careciendo la infusión de todo germen de vida; 2.ª, impidiendo que en ella penetrasen corpúsculos vivientes. Las experiencias llevadas á cabo con minuciosas precauciones dieron un resultado negativo, y perfeccionadas después por Schultz, Milne, Edwards, Haine, Claudio Bernad y Dumas, recibieron una sanción completa, gracias á los asiduos trabajos de Pasteur y de Tyndall, que pusieron en evidencia la existencia de los corpúsculos seminales, condición indispensable para el desarrollo de los infusorios. Demostraron además la imposibilidad del desarrollo de la vida, cuando no preexisten esos gérmenes vitales, así como la conservación indefinida, sin alteración ninguna, del vino, la cerveza, el vinagre, la sangre, y todo cuerpo de origen orgánico, puesto en contacto con el *aire puro* y al abrigo de todo fermento particular. Así quedó desautorizada para siempre la hipótesis de la generación espontánea, que el Eminentísimo Cardenal Zigliara, O. P., califica de metafísicamente imposible ¹.

Necrogenesis.—Débese á Buffon esta singular teoría. Atribuir á la combinación accidental de la materia bruta la creación de esas obras maestras de mecanismo, de armonía y de previsión que llamamos seres vivos, era una suposición inaceptable para el pintor de la naturaleza, que conocía á fondo la finalidad de los fenómenos fisiológicos. ¿Cómo explicar entonces la aparición de tantos animalillos, donde la observación sólo había descubierto materia privada de vida? Buffon consideró la vitalidad como una propiedad indestructible de las moléculas orgánicas. Estos átomos vivientes, dotados de propia individuación, poblaban el espacio terrestre, y, mediante combinaciones diversas, realizaban las formas múltiples de la creación biológica desde los seres ínfimos á los supremos, constituyéndose ellos mismos en partes del nuevo individuo. La muerte de un ser complejo era la disolución, y nada más, de esas asociaciones; y la molécula orgánica continuaba viviendo aisladamente, hasta que entraba en otra combinación, para formar aquí un insecto y allí un cuadrúpedo ².

Fúndase esta opinión en que la vida de algunos materiales del organismo no depende necesariamente de la vida general del sér, del cual parece que forman parte. Los glóbulos hemáticos, por ejemplo, que flotan en el fluido nutritivo, son organismos libres y vivientes, susceptibles de reproducción por división espontánea ó gemación, si bien mueren separados del medio ordinario de su existencia. Amputados algunos miembros animales, parece que conservan algún tiempo la vida, y que pueden ser hasta ingertados de nuevo en el mismo animal, ó en otro; y sabido es que la rinoplastia, ó soldadura de ciertos tejidos previamente separados del cuerpo, forma la reputación de algunos de nuestros médicos.

Empero hoy está demostrado que los infusorios no son elementos anatómicos, sino animales de organización perfecta; mientras que los tejidos separados del animal, del cual formaban parte, no son capaces de reproducirse, y sólo conservan por algún tiempo un organismo que puede ser reanimado.

Amorfogenesis.—Admitiendo que todo ser vivo ha recibido el principio vital de un progenitor también vivo, hanse preguntado algunos naturalistas si la potencia generativa podría producir seres de naturaleza diferente. Esta cuestión, última trinchera de los partidarios de la producción heterogénea, es conocida con el nombre impropio de *jenogenia*.

Los parásitos, dicen, que se encuentran en el interior del organismo de los peces y de los cuadrúpedos, no pueden proceder de la homogeneidad: están encerrados en cavidades profundas, cerradas herméticamente, donde jamás se reproducen, de donde les es imposible salir, como imposible es que un germen haya penetrado hasta allí; son, pues, engendrados por los tejidos orgánicos del animal, á cuyas expensas viven. El velo que cubría estos misterios de la fisiología ha sido descorrido últimamente por Van Beneden en su libro inmortal *Los parásitos y comensales*. Nadie antes que él había conocido las transmigraciones y metamorfosis de los gusanos parásitos, que son primeramente ágamos y larvas en los tejidos de animales herbívoros, y luego adultos y sexuales en el interior de animales carnívoros. Tal sucede con el cisticerco del puerco, que se transforma en tenia en el estómago del hombre, y con la larva de la triquina que se encuentra en el tejido muscular, y se transforma en animal sexual en el tubo digestivo. La teoría de la generación espontánea carece hoy de hechos y de pruebas sólidas, y podemos concluir con Santo Tomás de Aquino: *La generación de los vivientes es: el origen ó la procedencia de un viviente de un principio viviente á él unido, con semejanza de naturaleza* ¹.

• FR. RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL.
Procurador general de la O. de P.

LOS GRABADOS

CATEDRAL DE BUENOS AIRES
(De fotografía.)

Lazo permanente que aún une á la América del Sur con España son los monumentos religiosos. Por eso, amantes de estos inolvidables lazos, que rompió la revolución, LA ILUSTRACIÓN se complace en recordarlos, reproduciendo en sus páginas estos mismos monumentos, levantados por los españoles para consolidar y vincular en ellos sus gloriosas cruzadas en pró de la cultura y de la Religión.

Hace algún tiempo que publicamos el templo de Ujorros, después la Catedral de Lima y otros monumentos que no recordamos en este instante. Siguiendo esta gloriosa serie de recuerdos hispano-americanos, publicamos hoy la fachada exterior de la Catedral de Buenos Aires, monumento levantado en los tiempos en que la capital de la República Argentina pertenecía á los dominios españoles. Buenos Aires fué fundada por Mendoza en 1535, con el nombre de *La Trinidad*; destruida por los indios, volvió á ser reedificada en 1580, y fué creciendo en importancia hasta llegar á ser en 1776 la capital del virreinato español de Buenos Aires. Los ingleses la tomaron en su guerra pirática de 1806, volviendo á poder de España para perderse definitivamente en 1816.

La Catedral es de estilo greco-romano, y aunque carece de las esbeltas proporciones de los monumentos clásicos, ofrece sin embargo la ventaja de no pertenecer á ese estilo barraco que adoptaron los arquitectos hispano-americanos para los templos del Nuevo Mundo.

EL TOQUE DE MAL TIEMPO
Cuadro de Urgell.

Encapotado el cielo, desencadenado el viento, ruge la tempestad en las nubes, que comienzan á deshacerse en gruesas gotas de agua. Los truenos, aunque lejanos aún, anuncian la gran tormenta, y los aldeanos aterrados más aún por el temor de Dios que por el temor á las pérdidas de las cosechas, corren á encerrarse en las cabañas antes de que les sorprenda la lluvia torrencial y el huracán asolador é implacable. Enmedio de la naturaleza alborotada se oye un solo clamor de paz y de misericordia; es el clamor de la campana de la ermita, volteada al aire para conjurar la tempestad y anunciar á los campesinos los riesgos del nublado.

Esta piadosa práctica se conserva viva en muchas de nuestras aldeas, y es la que el pintor ha sabido reproducir con una fidelidad y un encanto á la vez tierno y sublime.

De este cuadro puede decirse lo que de la Pastoral de Beethoven; conmueve y constipa; con tal verdad se representa en él la escena de una tempestad precedida de fuertes huracanes.

LOS PÚLPITOS

Véanse los artículos sobre *La arquitectura en el templo católico*, del Sr. Repullés, y singularmente la parte que se refiere á los pulpitos.

1 *Generatio in viventibus significat originem alicujus viventis a principio vivente conjuncto secundum rationem similitudinis.*—Suma Teolog., 1.ª parte, cuest. XXVII, art. 2.

MARÍA DE GOES

(Siglo XVI)

SEGUNDA PARTE. — ESPAÑA.

XIII

Residencia en Castilla.



o lejos de Madrid, y en un sitio que por sus árboles y aguas formaba gran contraste con la aridez del terreno de Castilla, descollaba un edificio gótico, cuya distribución interior imitaba á las casas moriscas de Córdoba y de Granada.

Indudablemente el distinguido personaje que por los tiempos de Don Alfonso el Sabio hizo construir aquella hermosa mansión, había visto los palacios de los reyes moros y copió su caprichosa belleza. Grandes salones, cuyas paredes y piso se hallaban cubiertos con azulejos, eran impenetrables al calor; caudalosas fuentes de mármol ó de alabastro y tiestos con olorosas flores, convertían la casa en deliciosa morada, y alrededor de ella se extendían vastos jardines donde los nopales entretejían formando setos sus espinosas ramas y sus lucidas flores. Pero el Cristianismo había depurado estas magnificencias tomadas del Asia: pinturas y efigies que representaban los santos á quienes se profesa mayor devoción en España, adornaban los salones y las galerías; en las transparentes aguas se reflejaba la imagen de la Santísima Virgen, que una mano piadosa había colocado sobre una fuente, y en la parte más retirada del alcázar había una capilla dedicada á Santa Colomba, la joven mártir que se atrevió á resistir los furiosos del califa de Córdoba. Esta Santa era la patrona de los Osorios; aquel alcázar era su patrimonio, y allí fué donde Doña Ana llevó á María cuando llegaron á España.

Después de tantos padecimientos, de luchas tan crueles y de tan aflictivas angustias, disfrutó la joven en estos apacibles lugares una tranquilidad que no era de este mundo. Sus ojos, cansados de llanto y de fúnebres escenas, se desahogaban en contemplar aquella tranquila y espléndida naturaleza: su espíritu, harto de horrores, se asombraba de no tener ya nada que temer; y su corazón, tan tiernamente unido á Dios y que tanto había padecido con la contradicción de los tiempos, se recreaba con la tranquilidad de la vida cristiana, esa dulce vida que ni cansa ni deja amargura tras de sí. Imaginábase que había vuelto á los dichosos días de Rynsburgo, recobrando la libertad de profesar sus creencias; y después de haber visto correr la sangre de los mártires, de haber presenciado la profanación de las iglesias y la persecución de todo lo más santo, gustaba indecible júbilo al asistir á las triunfales pompas de la Sión terrestre, al oír los nobles acentos de la liturgia católica y al ver á Jesucristo recibiendo en los altares las adoraciones de los grandes y del pueblo. Tal debe ser la felicidad de un alma que pasa desde las tinieblas de la vida á las esplendorosas claridades del cielo. La dulce amistad de Doña Ana contribuía á la dicha de María; porque unidas con los vínculos de la fe, más gratos aún y más fuertes que los de la sangre, se dedicaban á las mismas obras, y sus ideas procedían del mismo origen. Juntas visitaban á los enfermos necesitados; juntas rezaban y se acercaban á la Sagrada Mesa; juntas leían los libros santos, los cronistas y los poetas, y juntas trabajaban en favor de Jesucristo, ya en la persona de los pobres, ya en el cuidado de sus altares.

Esta vida era risueña para quien salía de los países oscurecidos con las doctrinas heréticas. España presentaba en aquel tiempo un espectáculo digno de regocijar á los ángeles, porque éstos no se alegran sino con las virtudes que honran al Señor: la santidad, esa flor inmortal, bañada en la sangre del Gólgota, florecía libremente en aquel suelo vedado á los sectarios. Teresa de Jesús, Pedro de Alcántara, Juan de la Cruz, renovaban en los monasterios la austeridad y la oración de Elías; Luis de Granada escribía para gloria de Dios obras admirables y de suma piedad; Francisco de Borja olvidaba al pié de la cruz las grandezas mundanales; Catalina de Cardona asombraba la soledad con los rigores de su penitencia, recordando en un sexo débil las maravillas de los primeros anacoretas; y otras almas santas, poco antes trasladadas al cielo, como San Juan de Dios, Santo Tomás de Villanueva, y el gran San Ignacio de Loyola, habían derramado por España el suave olor de las buenas obras y de las virtudes, perfume celestial como el de la Magdalena, con que toda la casa se había llenado.

Gozaba María esta profunda felicidad que la fe

1 *Summa philosophica*, tom. II, pag. 149. Lyon, 1878.

2 PROOST. *La doctrine des generations spontanées*.

proporciona; pero la turbaba un recuerdo de la tierra. No había olvidado á Herberto, ni la palabra que le empeñara en cambio de una promesa tácita, y desde su llegada á España no había recibido de él sino una sola señal de vida. Era ésta una carta que corrió los riesgos de la guerra, y en la que el joven decía á su prometida, que por amor á ella era fiel á la Religión, pero que necesitaba su recuerdo y la confianza que en la fidelidad de ella tenía para poder resistir á los ejemplos y á los consejos de sus compañeros de armas, todos calvinistas. Escribía desde la isla de Beveland, en Zelandia, donde se hallaban encerradas las tropas holandesas, y concluía tristemente, encomendándose á las oraciones y á la memoria de ella y de su tía.

Desde el día en que recibió esta carta, se puso la joven más pensativa, se rió menos y rezó más.

XIV

Gonzalo.

A los seis meses de llegar María á España vino Don Gonzalo á reunirse con su madre. Su salud, debilitada con las heridas, exigía algún descanso, y aceptó un servicio más llevadero en el cuerpo de guardias del Rey. La vida del joven se dividió, pues, entre Madrid y los sitios reales, donde la corte habitaba sucesivamente, y el alcázar de Osorio. Hasta entonces la condesa y su sobrina habían vivido muy aisladas; pero la llegada de Gonzalo introdujo alguna variación: por él supieron algo de lo que pasaba en el mundo: les hablaba de la reina Isabel, esa noble flor del vástago de los Valois, hermosa, entendida y santa; de la hija de ésta, la joven Infanta Clara Isabel, cuya grave infancia prometía un gran carácter, y recordaba en voz baja la memoria del Infante don Carlos y su misteriosa muerte, que quizá fué un atrevido testimonio del amor de Felipe II á su país y á la monarquía. «Admiran al primer Bruto», decía Gonzalo; pero el monarca católico que usando del derecho de la soberanía ha quitado la vida á un Príncipe indigno de la corona, á un loco peligroso, ¿ha de ver su memoria entregada á la execración? ¡Así son los juicios de los hombres!

Otras veces describía á ambas señoras el palacio del Escorial, recientemente concluido y que entonces era como lo es hoy y lo será siempre, una de las maravillas de España; les hablaba de sus claustros, sus majestuosos salones y aquellas sombrías bóvedas, donde vienen á terminar todas las grandezas humanas y donde los monjes Jerónimos debían conservar para siempre la posteridad de Carlos V. Hablaba de los guerreros que solía encontrar en la Corte; del general Requesens, hombre de valor y de trato afable; del brillante Don Juan de Austria, el Cid de aquella época, el enemigo de la media luna, cuyo poder había vencido en las asperas de las Alpujarras y en Lepanto; de Antonio Pérez, el favorito de Felipe II, que expiaba cruelmente algunos años de fortuna; del anciano almirante duque de Medina Sidonia, que no debía tener otros vencedores sino el furor de las olas: había visto también al famoso D. Diego Hurtado de Mendoza, diplomático, historiador, poeta, viajero, que escribió las guerras de Granada y descubrió, según dicen, otra modificación del genio español, escribiendo la novela *El Lazarillo de Tormes*.

Estas relaciones, en que figuraban los personajes célebres de aquellos agitados tiempos, interesaban y preocupaban á María; la conversación del primo la distraía sobremanera, y hallaba en aquel carácter firme y sereno, generoso y modesto, cierta secreta simpatía con el suyo, que la cautivaba sin que ella misma lo conociera. Sus corazones vibraban al mismo tiempo; la fe, la patria, los sentimientos nobles y valerosos resonaban con igual armonía en lo íntimo de sus almas; alzaban la cabeza en la misma palabra de la lectura, ya fuera ésta una estrofa de Fray Luis de León que los elevaba en alas de la oración, ya algunas expresiones de los antiguos romanceros de Castilla, que les arrancara una sonrisa ó una lágrima. Doña Ana veía sin temor nacer y crecer este afecto, sobre el cual deseaba apoyar el descanso y el júbilo de su vida; y cada vez amaba más á la joven que Dios le había enviado y en la que veía la madre futura de sus nietos.

XV

Petición.

Cierto día se hallaban reunidos todos tres: Gonzalo volvía de Madrid, y más silencioso que de costumbre, se había sentado á los pies de su madre, mirando á María, que con laboriosa y diestra mano sembraba de flores una tela de seda que debía servir para un paño de cáliz. No se oía otro ruido sino el

de la aguja que pasaba por medio del raso, y el cristalino murmullo de un caño de agua, que caía en una concha de alabastro. Doña Ana, que había estado pensativa largo rato, aun cuando sin tristeza, hizo al parecer un gran esfuerzo; miró al hijo, el cual bajó la cabeza y se puso pálido; y alzando ella en seguida algo la voz, dijo:

— ¡Querida María!

— ¿Qué quiere usted, tía? contestó la señorita de Goës, y levantándose á un ademán de doña Ana, se fué á sentar junto á ella.

— Hija mía, hace mucho tiempo quería yo hablarte de un deseo que predomina mi corazón.... Mas en primer lugar, ¿estás contenta viviendo con nosotros?

— ¿Lo puede usted dudar, querida tía? Las atenciones de usted no me dejan nada que desear, y soy tan dichosa cuanto cabe después de mis muchos padecimientos.

— Bien sabes el extremado cariño que te tengo.

La joven besó la mano de la tía y miró risueña á Gonzalo, quien conmovido y atento estaba escuchando.

— ¿Por qué, hija mía, continuó doña Ana, por qué no hemos de hacer duradera esta felicidad? De ti depende que nada, á no ser la muerte, pueda alterarla.... ¿Me comprendes, hija?

María volvió algo la cabeza, pero un rubor sonrosado cubrió su frente y sus mejillas. ¿Habría acaso comprendido?

— Mi hijo te quiere más que á una hermana; te quiere como á una compañera que el cielo mismo le ha destinado.... Acepta su mano, querida; sé mi hija, y en el mundo no habrá nunca una madre más dichosa que yo....

María había escuchado sin decir palabra; pero aquel rubor desapareció de sus mejillas, y en sus ojos se leía una triste gravedad.

— Prima, dijo Gonzalo, mi madre lo ha dicho; yo la amo á usted, y toda la felicidad que el cariño, el respeto y la estimación pueden....

— Primo, no me hable usted así, le dijo ella interrumpiéndole. ¿Olvida usted que estoy prometida á Herberto de Bagelar?

— Pero, hija, ese es un compromiso que la Iglesia no ha ratificado, y que te ha dejado libre para disponer de tí misma.

— Acaso estaría yo libre, tía, si únicamente se ratara de promesas de cariño que para el porvenir nos hubiéramos hecho; pero me ha empeñado su fe religiosa, y yo le he pedido su alma á cambio de mi mano.

Estas palabras hallaron eco en almas poseídas de una fe tan viva como lo eran aquéllas: no obstante, Gonzalo insistió.

— Herberto, dijo, no se ha separado de las filas de los enemigos de la Iglesia; marcha bajo las banderas de los calvinistas, é indudablemente ha abjurado sus creencias. Usted, María, nos sacrifica á una quimera.

— Tengo su promesa, dijo María, su promesa ratificada en una carta; y mientras mantenga yo la palabra que mi padre empeñó, Herberto no abjurará.... Soy por lo tanto responsable de su alma.

Al decir estas palabras se puso pálida, y las lágrimas, que no pudo contener, revelaron las secretas agitaciones de su corazón. Arrojóse en los brazos de la tía, diciéndole á media voz:

— ¡Por Dios, no me aflijan ustedes más...!

— Hija mía, contestó doña Ana, tu virtud exagera ese compromiso y sus consecuencias. Herberto positivamente es calvinista en lo íntimo de su corazón.

— Quizá, repuso ella; pero no habiendo renegado de la Iglesia de Jesucristo, el volver á ella le sería fácil; y si yo faltase á mi palabra, ¿qué sería de él? Abjuraría; y viviría y moriría en el error. Dios me pediría cuenta de esa alma. ¡Usted, mi querida tía, mi segunda madre, y usted, Gonzalo, no pueden exigir esto de mí!

— Usted nos sacrifica á todos, dijo con amargura Gonzalo; porque mi corazón me dice que sería usted dichosa si mi madre la llamara su hija.

— ¡Ah! dijo ella con sencillez, sacrificarse por un alma, ¿no es seguir el ejemplo de nuestro mismo Salvador? No me lo impida usted, Gonzalo, y puesto que usted me ama, compartamos este sacrificio y ofrezcámoslo á Dios.

— Será usted obedecida, dijo con profundo dolor. Usted lo quiere, María; seremos dos para trabajar y padecer por el rescate de esa alma. Deme usted la cruz que lleva al cuello, y será el emblema del sacrificio.

María se quitó la cruz y se la dió sin decir palabra. No se hablaron nada más, y Doña Ana no se atrevió á insistir, temerosa de contrariar las miras de Dios.

Al día siguiente se dijo en el alcázar que Don Gonzalo había salido para un largo viaje; pero nadie supo el punto adonde iba. Llevóse consigo la ale-

gría y las gratas horas que allí pasaban; Doña Ana se puso sumamente triste, pensando en su hijo, y María sintió que á sus propios disgustos se unía el peso de las desazones de aquellos á quienes amaba.

XVI

La carta.

Trascurrieron así dos años, cuando una mañana de otoño, al salir juntas de la iglesia del pueblo la joven y su tía, cubiertas con mantos de seda y seguidas de un paje que les llevaba los devocionarios, vieron un postillón que acababa de apearse y estaba aguardando en el patio, con una carta que entregó á la condesa de Osorio. Miróla ésta con avidez, creyendo ver en el sobre la letra siempre deseada de Gonzalo; pero movió la cabeza y dió la carta á María, diciéndole:

— Es para tí, hija.

María le echó una inquieta mirada.

— Es de Herberto, contestó, devolviéndola á la tía con ademán sumiso.

— Léela, hija.

Entraron en la casa, y María se fué al instante á su oratorio. Estuvo mirando mucho tiempo aquella carta, tan esperada hacía tres años, y que quizá encerraba su destino; no se atrevía á abrirla. Se hallaba esta carta sujeta con una hebra de seda cruzada sobre el sello, y al parecer había pasado por muchas manos; porque la blancura de la vitela estaba sucia y traía consigo cierto aire de padecimiento y de tristeza.

— ¿Qué me dirá esta carta? estuvo pensando María; Herberto vive y es fiel sin duda... Quizá venga á reclamar mis promesas, quizá esta carta no le preceda sino algunos días. ¡Ay de mí! y el pobre Gonzalo y mi excelente tía, cuánto no van á afligirse!

No se atrevió á insistir más en esta idea, y de pronto rompió el hilo y el sello de la carta. Dos papeles cayeron del sobre: el primero estaba escrito por Herberto; pero María tuvo mucha dificultad en reconocer la letra, según lo alterada y confusa que estaba. Leyó:

«Mi fiel amiga, mi cariñosa hermana, le escribo á usted desde mi lecho de muerte; mis ojos no la verán ya en este mundo; pero mi corazón con sus últimos latidos le agradece á usted su leal afecto. Gracias á usted, gracias á la esperanza que me había dejado y al ejemplo que me daba, muero en la Religión católica. El nombre de usted me ha sostenido en las luchas que he pasado en medio de los doctores y de los discípulos de la herejía, pues no he abjurado la fe de mis padres, la de usted, María, y muero como hijo de la Iglesia. ¡Cuán dichoso me creo en haber seguido sus consejos, en esta hora en que me hallo! Podemos vivir luchando en medio de la herejía; pero no podemos morir sino en el seno de la comunión católica.

«He sido herido en la batalla de Gembloux, donde combatía á las órdenes de Luis de Nassau; soy prisionero de Don Juan de Austria, y debo á la caridad de este Príncipe los últimos auxilios de la Religión y la certeza de que esta carta le será remitida á usted. Mi fin se acerca; no la llevaré á usted al altar; la dejo libre, absolutamente libre para disponer de sí misma; pero le ruego, mi leal amiga, que no me olvide delante de Dios; que le pida por el que usted ha salvado de una muerte eterna, y que sólo en este último momento ha comprendido el servicio que á usted debe. Sea usted dichosa, María; este es el más fervoroso anhelo de mi corazón. Adiós, hasta la eternidad.

» HERBERTO DE BAGELAR.

» Campamento español, á 25 de Junio de 1578. »

A esta carta acompañaba una esquela, escrita en español, que decía lo siguiente:

«El conde Herberto de Bagelar, después de haber peleado con valor en los campos de Gembloux, ha muerto con muestras de sentimientos muy cristianos.

»Ha remitido esta carta que tenía escrita, al generalísimo, quien la envía á la señorita María de Goës.»

María cayó de rodillas, elevando su corazón á Dios con movimientos confusos, en los que dominaba, no obstante, una profunda gratitud.

— ¡Cuán bondadoso sois, gran Dios! decía. ¡Es posible que hayáis oído mis ruegos, aceptado mis débiles sacrificios y salvado esa alma! ¡Ya os pertenece por toda la eternidad! Gracias os sean dadas por siempre.

Sentía que entraba en ella á la manera de un Océano de inesfable júbilo: era este el conocimiento de las misericordias del Señor, la consideración de esas asombrosas profundidades de la bondad divina, que la llenaba de sorpresa y de amor. El afecto

Los recibe la Sociedad general de Anuncios de España
calle del Príncipe, 27, Madrid.

ANUNCIOS

En París, los recibe la AGENCIA HAVAS
Plaza de la Bolsa, núm. 8.

EL AGUA DE SUEZ DOLORES DE MUELAS

Vacuna de la boca, suprime instantáneamente y para siempre los dolores de muelas y por consiguiente, la Aurificación y la Extracción.—El análisis ha probado que esta agua no contiene ácido alguno, ni ninguna substancia tóxica, metálica o narcótica. El Agua de Suez, hilo verde, empuja como dentífrico diario, es la única y sola que ha resuelto el doble problema de la supresión de la odontalgia y de la conservación de la dentadura.—La *Opíata anaranjada* de Suez, asegura su blancura sin ningún peligro.—El *Vinagrillo lácteo* de Suez, para el tocador, destruye la causa principal del *Cáncer* en la mujer; pero, es preciso tener mucho cuidado en no usarlo como dentífrico, porque todo ácido corrompe el aliento, y pone amarillos los dientes que acaban por desmaltarse y caerse.—Dirigirse a M. SUEZ, 10, rue Ampère, París. Madrid: R. I. Chávarri, almacén de drogas, Atocha, 87.—J. M. Moreno, botica de la Reina Madre, ayor, 93.—Manuel R. Hernández, farmacéutico, Mayor, 27 y 29.—Frère, perfumería, Carmen, 1.—Urquiola é hijos, perfumería, Mayor, 1.

Novísimo Año Cristiano y Santoral Español

Se ha publicado el primer tomo de esta importantísima obra, escrita con un criterio superior a todos los AÑOS CRISTIANOS Y SANTORALES publicados en España hasta el día, llena de erudición y preciosos datos históricos y críticos; es del mayor interés para todos los buenos católicos, y principalmente para los Sres. Sacerdotes dedicados a la cura de almas y a la predicación. Además de la oración, epístola y evangelios propios del día, se dan meditaciones o reflexiones sacadas del repertorio de nuestros mejores clásicos, tales como Santa Teresa, Rivadeneyra, los tres Luises, de León, de Granada y de la Puente, etc. Constará de doce tomos. Se reciben suscripciones en las oficinas de la casa editorial señores Riera y Compañía, Peligros, 20, 2.º

PARA EL CULTO DIVINO

Atriles. Ciriales. Diademas. Navetas.
Candeleros. Coronas. Incensarios. Sacras.
Campanillas. Cruces. Lámparas. Vinageras.
Acaba de recibirse gran surtido de candelabros en forma de ramos con azulejos, margaritas y otras flores, de 3, 4, 5, 6 y 7 luces.

Manuel García, Atocha, 45 y 47, Madrid.

AL PÚBLICO

Se acaba de recibir un gran surtido de sillas, sillones, sofás, banquetas de piano y recibimiento en el BAZAR DE SILLERÍA DE MADERA ENCORVADA de THONET hermanos, *Plaza del Angel, núm. 10, Madrid.*

SOCIEDAD GENERAL DE ANUNCIOS DE ESPAÑA

Esta sociedad tiene el honor de anunciar al público que en sus Oficinas se reciben anuncios, reclamos y hechos varios para sus periódicos de Madrid y provincias, recibiendo también para los de todos los países de Europa, de Asia, América, Oceanía, Australia y la India.

Oficinas: Calle del Príncipe, 27, principal

Sucursal en Barcelona, Bajada de Cervantes, 4.

Cambios corrientes dados por la Junta de Gobierno del Colegio de Corredores Reales de Comercio de la plaza de Barcelona

Cambios Extranjeros.					CAMBIOS DEL REINO									
					OCHO DIAS VISTA.					OCHO DIAS VISTA.				
					DINERO	PAPEL.	DAÑO.			DINERO	PAPEL.	DAÑO.		
Londres.....	90 d. f.	47,35		5 pts.	Albacete.....	3/4				Granada.....	5/8			
París.....	80 d. f.				Alecy.....	1/2				Huesca.....	3/4			
Marsella.....	80 d. f.	4,92			Alicante.....	1/2				Jerez.....	5/8			
Amsterdam.....	80 d. f.	4,92			Almería.....	1/2				Lérida.....	1/2			
Hamburgo.....	80 d. f.				Badajoz.....	5/8				Logroño.....	3/4			
Génova.....	80 d. f.				Bilbao.....	1/2				Lorca.....	3/4			
	8 d. f.				Burgos.....	5/8				Lugo.....	3/4			
	8 d. f.				Cádiz.....	1/2				Málaga.....	1/2			
	8 d. f.				Cartagena.....	3/8				Madrid.....	3/8			
	8 d. f.				Castellón.....	3/4				Murcia.....	1/2			
	8 d. f.				Córdoba.....	1/2				Orense.....	3/4			
	8 d. f.				Coruña.....	1/2				Oviedo.....	1/2			
	8 d. f.				Figuera.....	5/8				Palma.....	3/4			
	8 d. f.				Gerona.....	5/8				Palencia.....	3/4			
	8 d. f.									Pamplona.....	3/4			
	8 d. f.									Reus.....	3/8			
	8 d. f.									Salamanca.....	3/4			
	8 d. f.									San Sebastián.....	5/8			
	8 d. f.									Santander.....	3/8			
	8 d. f.									Santiago.....	3/8			
	8 d. f.									Sevilla.....	1/2			
	8 d. f.									Tarragona.....	1/4			
	8 d. f.									Tortosa.....	5/8			
	8 d. f.									Valencia.....	3/8			
	8 d. f.									Valladolid.....	1/2			
	8 d. f.									Vigo.....	1/4			
	8 d. f.									Vitoria.....	5/8			
	8 d. f.									Zaragoza.....	1/2			

EFECTOS PÚBLICOS.					ACCIONES.				
CAPITAL.	INTERÉS.	OPERACIONES.	QUEDA	VALOR	CAPITAL.	DESEMBOLSO	OPERACIONES.	QUEDA	VALOR
Pesetas.	P. 100		DINERO.	PAPEL.	Pesetas.	P. 100		DINERO.	PAPEL.
Títulos al portador perpetua interior.....	4		92,05	92,15	Propagadora del Gas.....	500	todo		
de la deuda amortizable.....	4		59,65	59,80	Alumbrado España y Portugal.....	500	50		
Consolidado interior.....	3		75	75,15	Española de Electricidad.....	500	45		
Billetes del Tesoro de Cuba.....	500	6	95,75	96	Sociedad Vitolica Corona de Aragón.....	500	20		
					Inmobiliaria de Capitali. y Amort.....	500	todo		
					Aurora del Pirineo.....	20	20		
					Centro gen. de Préstamos y Depósitos.....	100	todo		
					Ferrocarril Tarrag.ª Barcel.ª y Francia.....	475	todo	81	81,50
					Sarria a Barcelona.....	250	todo		
					Almansa, Valen.ª y Tarrag.ª.....	475	todo		
					Medina a Zamora y O.ª a Vigo.....	500	todo	26,25	26,65
					y Minas San Juan Abadesas.....	500	todo		
					Norte de España.....	475	todo	10375	106
					Madrid, Zaragoza y Alicante.....	475	todo		
					Madrid a Barcelona (directo).....	1.000	todo		
					y Minas de Berge.....	500	30		
					Manresa a Berge.....	500	35		
					econ. Valladolid a Rioseco.....	500	todo		
					econ. Villena a Alcoy, Yecla.....	475	20		
					Asturias, Galicia y Leon.....	500	todo		
					Andaluces.....	500	todo		
					Comp.ª Española de ferrocarril económ.....	500	35		
					Ferrocarril Cuenca a Val.ª Teruel.....	500	25		
					Tranvia Barcelona a Gracia.....	250	todo		
					Barcelona, Ensanche Gracia.....	500	todo		
					a Sans.....	500	todo		
					a San Andrés.....	500	todo		
					a Sarria.....	500	todo		
					Valencia al Grao y Cabañal.....	500	todo		
					y ferrocarriles económicos.....	100	todo		

OBLIGACIONES.					OBLIGACIONES.				
CAPITAL.	INTERÉS.	OPERACIONES.	QUEDA	VALOR	CAPITAL.	INTERÉS.	OPERACIONES.	QUEDA	VALOR
Pesetas.	P. 100		DINERO.	PAPEL.	Pesetas.	P. 100		DINERO.	PAPEL.
Emp. Mun. em. Enero 1880 y Julio 1881.....	250	6	99	99,25	Emp. Mun. em. Enero 1880 y Julio 1881.....	250	6	99	99,25
Provincial.....	500	6	97	97,25	Provincial.....	500	6	97	97,25
Ferrocarril Barcelona Zaragoza adreidas.....	500	6			Ferrocarril Barcelona Zaragoza adreidas.....	500	6		
serie A.....	500	3			serie A.....	500	3		
serie B.....	475	3			serie B.....	475	3		
N. España prioridad Barcelona.....	575	3	64,75	65	N. España prioridad Barcelona.....	575	3	64,75	65
Tarragona Barcelona y Francia.....	500	6			Tarragona Barcelona y Francia.....	500	6		
Grao, Alm. y Alm. Val. Tarrag.ª.....	475	3	60	60,25	Grao, Alm. y Alm. Val. Tarrag.ª.....	475	3	60	60,25
y Minas San Juan Abadesas.....	500	6	51,75	52	y Minas San Juan Abadesas.....	500	6	51,75	52
Medina Z. y O. V. emp. 1880 82.....	500	3	68	68,50	Medina Z. y O. V. emp. 1880 82.....	500	3	68	68,50
Madrid a Barcelona (directos).....	500	3	44,75	45	Madrid a Barcelona (directos).....	500	3	44,75	45
Córdoba a Málaga.....	475	3			Córdoba a Málaga.....	475	3		
Asturias, Galicia y León.....	475	3			Asturias, Galicia y León.....	475	3		
Andaluces.....	500	3			Andaluces.....	500	3		
Tranvia de Barcelona a San Andrés.....	500	3			Tranvia de Barcelona a San Andrés.....	500	3		
Sarria.....	500	6			Sarria.....	500	6		
Sociedad Aguas subterráneas Llobregat.....	500	6			Sociedad Aguas subterráneas Llobregat.....	500	6		
Puerto de Barcelona.....	500	7			Puerto de Barcelona.....	500	7		
Alumbrado por gas.....	500	6			Alumbrado por gas.....	500	6		
Canal de Urgel.....	500	6			Canal de Urgel.....	500	6		
Rosich herm. Llusá y Compañía.....	500	6			Rosich herm. Llusá y Compañía.....	500	6		
Compañía Trasatlántica.....	500	6			Compañía Trasatlántica.....	500	6		
Navegación é Industria.....	625	8			Navegación é Industria.....	625	8		
Fomento, Riqueza, Rústica y Urbana.....	500	6			Fomento, Riqueza, Rústica y Urbana.....	500	6		
Banco Agrícola de España.....	500	6			Banco Agrícola de España.....	500	6		
Hipotecario de España 6%.....	500	6			Hipotecario de España 6%.....	500	6		
Popular Esp. em. 2 Enero 1881.....	250	6			Popular Esp. em. 2 Enero 1881.....	250	6		

humano se mezclaba, no obstante, con aquella angelical alegría; sentía la muerte de Herberto, hacia quien había tenido un afecto tan puro; sentía su corazón al mismo tiempo ensalzado y oprimido con el pesar, y á veces pasaba por él un soplo de vida, que en vano procuraba detener, á la manera de ecos festivos que se mezclaban con cánticos funerales.

Doña Ana vino á buscarla, extrañando su larga ausencia, y la halló todavía de rodillas, absorta en su oración y en sus llantos. María le entregó la carta, y la primer palabra de la madre, por tanto tiempo afligida, fué de dolor por aquel triste suceso.

— ¡Desgraciado primo mío! ¡Que bueno ha sido Dios con él! dijo María.

— Hija, juntas roguemos por ese alma; daremos gracias al Señor por su misericordia, y le pediremos que bendiga nuestra felicidad futura.

La joven se dejó llevar á los brazos que la cogían suavemente; parecióle que su penosa tarea estaba cumplida y que comenzaba á amanecerle una feliz aurora. Desde este momento aceptó el recuerdo de Gonzalo, y el nombre de éste no se vió ya proscrito en sus conversaciones con doña Ana, pues ambas se complacían juntas con las imágenes de felicidad doméstica y con esperanza de santos y legítimos afectos: desde este momento, la una con resignada impaciencia y la otra con tímida confianza, estaban aguardando el regreso del viajero.

Llevaba éste dos años de ausencia, y en las diferentes ocasiones que escribió á la madre, sus cartas venían fechadas de varios puertos del Mediterráneo; pero nunca reveló ni sus ocupaciones habituales ni sus proyectos futuros. Suponía la madre que, deseando Gonzalo asociarse á las piadosas ideas de María, hubiese emprendido el viaje de Tierra Santa; y cuando en su imaginación se representaba al hijo, lo veía unas veces por los pedregosos caminos de la Judea, otras por las márgenes del Jordán ó bajo las bóvedas de la iglesia del Santo Sepulcro. Esta idea le era familiar, y María participaba de ella; pero ambas veían con extrañeza y se afligían por el largo silencio que Gonzalo guardaba. Hacía ocho meses que no habían tenido ninguna carta.

— Vendrá, solía decir doña Ana con cierto tono que indicaba que la animasen.

— Así lo creo, contestaba María.

— ¡Será tan dichoso! añadía la condesa. No sabe bien lo que Dios le tiene guardado.

(Se concluirá.)

REVISTA DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Zapatos fisiológicos. — En la reunión reciente del Congreso higiénico en Génova, el coronel Ziegler, que además de su rango como militar es también primer cirujano del ejército federal, leyó una interesante Memoria sobre la fabricación de los zapatos, ó más bien sobre los perniciosos efectos que ocasionan los mal hechos con referencia especial á la higiene y á la resistencia de los soldados en las marchas.

Entre otros importantes hechos, mencionó el co-

ronel Ziegler, el de que los cirujanos examinadores del ejército suizo se ven compelidos cada año á rechazar hasta ochocientos reclutas — la fuerza de un batallón — por la mala conformación del pié.

Es el pié, en realidad, arco tan elástico, que á cada paso se contrae y extiende, se alarga y se acorta; de manera, que si se tira una línea á través del dedo gordo, interceptará el calcañar. Pero los zapateros, en su mayoría ignorantes de la anatomía del pié, no dan lugar bastante para la extensión lateral de ese dedo. Al contrario, lo circunscriben, aprisionan y encierran hasta encaramarle por fuerza sobre los otros dedos. De aquí provienen las inflamaciones del gordo, los callos, las úlceras, y á veces verdaderas inflamaciones articulares.

Otro daño, que el coronel Ziegler atribuye en gran parte al mal calzado, es el del achatamiento del pié, con lo que se convierte el arco en una línea recta y prolongada, haciendo á la postre imposible el caminar y marchar. También contribuye á este defecto el hábito de conducir cargas pesadas al hombro desde la adolescencia; pero en la mayor parte de los casos sostiene Ziegler que el calzado bien hecho restablecerá la normal figura del pié.

La moda también tiene sus hormas, y so pena de perder el favor del público, no tiene el zapatero más remedio que conformarse á ella. La prueba del calzado perfecto, consiste en que colocado uno sobre un plano, toque éste únicamente con los dedos y el talón; porque la planta ó suela debe seguir las sinuosidades del pié, y concederle espacio á fin de que la expansión del mismo exceda de 15 á 20 milímetros á su tamaño natural.

Los únicos ejércitos que han adoptado el calzado normal, son el de Alemania y el de Italia. Organizó el gobierno de Baden, en 1876, una exposición de calzado de munición para la tropa de línea, en que se llevó los honores del triunfo el modelo italiano. El del ejército francés está calzado según el antiguo y defectuoso estilo. El del ejército ruso es sumamente malo. Por todo lo cual, opina el autor de la Memoria, que la inspección de este artículo de vestido del soldado debería encomendarse al Estado Mayor sanitario del ejército.

Materia de gran importancia es el calzado para los niños, y los aprendices de zapateros deberían instruirse, ante todo, en la teoría del oficio. En resumen, el coronel recomienda como medio de llegar á la reforma deseada, que se haga compulsorio el llevar zapatos normales en todos los establecimientos regidos por el Estado; que se instruyan, como es debido, zapateros de calzado para la tropa, y que en todo país es conveniente haya una fábrica modelo de hacer «zapatos fisiológicos.»

Aplicaciones del hollín. — El *Gardener's Chronicle* resume en los términos siguientes los modos de utilizar el hollín en los jardines: «Aconsejamos el uso del hollín como abono líquido para las plantas cultivadas en cajones ó macetas. Tiene la propiedad de destruir los gusanos que se encuentran en la tierra y que aceleran su descomposición. Para conseguir este objeto tomamos tres ó cuatro libras de

hollín, lo atamos dentro de un trapo cualquiera y lo comprimimos en esta forma dentro de un cubo de agua ordinaria, hasta que ésta se haya coloreado por completo.

Se obtiene también buenos resultados con los círuelos y otros árboles de espaldar, empleando una lechada de cal, á la que mezclamos, para cada 18 litros, ocho ó nueve puñados de hollín y un puñado de azufre. Con esta mezcla se unta con una brocha la pared en que el árbol se apoya, teniendo cuidado de que penetre en las grietas para que mate los insectos que se han refugiado en ellas.

Espolvoreando con hollín seco y cal en polvo los semilleros de coles y otras crucíferas, sobre todo en otoño y en tiempo de niebla, se les sustrae de la devastación de las mariposas, babosas y pájaros. Es favorable untar los árboles viejos cubiertos de musgo, con una papilla de hollín y cal. Lo hemos ensayado con manzanos viejos hace seis ó siete años, y hoy están casi limpios.

El hollín puede emplearse también mezclado con la mitad de su peso de tierra ligera para cubrir la superficie del césped que se haya empobrecido. Hemos hecho ensayos que no nos dejan lugar á duda, acerca de la eficacia de este abono cuyo uso recomendamos.

Tinte negro para maderas. — Hé aquí un nuevo procedimiento recomendado en el *Pharmaceutische Zeitschrift für Russland*: Se lava primero la madera con una disolución acuosa de clorhidrato de anilina, añadiéndole una pequeña cantidad de cloruro de cobre; se deja secar y después se le da una capa con una disolución de bicromato de potasa. Repitiendo esta operación dos ó tres veces, la madera adquiere un hermoso color negro que no se descompone por la acción de la luz ni por los agentes químicos.

Conservación de los dibujos al lápiz. — Se hace hervir en un litro de agua 15 gramos de alumbre y otros 15 de sub-acetato de plomo, ó sea extracto de saturno, y en otro vaso se disuelven 22 gramos de cola fuerte; se filtra esta disolución por un lienzo y se vierte en el primer vaso, removiendo bien toda la mezcla. Se cubre con este barniz el dibujo que quiera conservarse y no se borra jamás.



Doña Avelina de la Hoz de Vildósola, ha fallecido, víctima de larga y penosa enfermedad. Enviamos la expresión de nuestro sentimiento á su respetable y cristiana familia, y pedimos para la difunta las oraciones de nuestros amigos.

TIPOGRAFÍA GUTENBERG, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.

LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA

REVISTA DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTE CRISTIANO

DIRECTOR, DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

PROPIETARIO, D. MODESTO RIERA.

Se publica desde su SEXTO VOLUMEN en DOCE PÁGINAS, conteniendo treinta y seis grandes columnas de texto, perfectamente impresas é intercaladas con interesantes grabados artísticos y de actualidad.

Sale á luz los días 5, 15 y 25 de cada mes. A pesar de los excesivos gastos que las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan, sin sacrificios, poseer esta elegante Revista.

Puntos de suscripción

MADRID. — En la Administración de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, calle de Peligros, núm. 20, segundo. En las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS. — En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

PUERTO-RICO. — D. Celestino Díaz. — HABANA. — D. Juan Rivero, Muralla, 33, librería. — FILIPINAS. — Imprenta del Real Colegio de Santo Tomás de Manila, Sr. D. Gervasio Memije.